



**EL BIBLIOTECOM**

## ENCICLOPEDIA DE HISTORIA ARGENTINA (TOMO 2)

### Índice

HISTORIA ARGENTINA	Pág.1
LA REVOLUCIÓN (1806 – 1812)	
I - LAS INVASIONES INGLESAS	Pág.5
Inglaterra en 1806	Pág.6
Primera invasión y reconquista	Pág.11
Buenos Aires depone al virrey	Pág.20
Segunda invasión y defensa	Pág.26
II – LOS ÚLTIMOS AÑOS ESPAÑOLES	Pág.37
Crisis española de 1808	Pág.38
Tendencias políticas en Buenos Aires	Pág.41
Virreinato de Liniers	Pág.45
Situación en España en 1809-1810	Pág.54
El carlotismo	Pág.58
Sublevaciones del Alto Perú	Pág.64
Resistencia a Cisneros	Pág.68
Apertura del puerto de Buenos Aires	Pág.71
Los últimos días	Pág.78
III – REVOLUCIÓN DE MAYO (Mayo a diciembre de 1810)	Pág.83
Congreso vecinal del 22 de mayo	Pág.84
25 de mayo	Pág.90
La Junta Provisional Gubernativa	Pág.95
Inglaterra y la Revolución	Pág.101
Principia la obra revolucionaria	Pág.104
El bloqueo de Buenos Aires	Pág.108
Política de terror	Pág.109
La Revolución en el interior	Pág.111
1810 en Hispanoamérica	Pág.118
IV – LA JUNTA GRANDE	Pág.121
Caída de la Primera Junta y formación de la Junta Grande	Pág.122
Reformas políticas: las Juntas Provinciales	Pág.125
Rebelión oriental	Pág.127

Artigas	Pág.129
La mediación inglesa	Pág.131
Revolución del 5 y 6 de abril	Pág.133
Paraguay y la idea de Confederación	Pág.139
Desastre de Huaqui	Pág.141
Revolución de septiembre	Pág.145
<b>V – EL TRIUNVIRATO</b>	Pág.151
El Estatuto Provisional de 1811	Pág.152
El Ejército del Norte	Pág.157
Obra orgánica del Triunvirato	Pág.157
Política económica	Pág.159
Éxodo oriental	Pág.160
Propósitos de la independencia	Pág.164
La asamblea de abril	Pág.168
San Martín y la Logia Lautaro	Pág.171
Misión Rademaker	Pág.176
Conspiración de Alzaga	Pág.176
Batalla de Tucumán	Pág.179
Revolución del 8 de octubre	Pág.182

## **HISTORIA ARGENTINA**

**EL BIBLIOTECOM**

JOSÉ MARÍA ROSA

# HISTORIA ARGENTINA

TOMO II

LA REVOLUCIÓN  
(1806 – 1812)

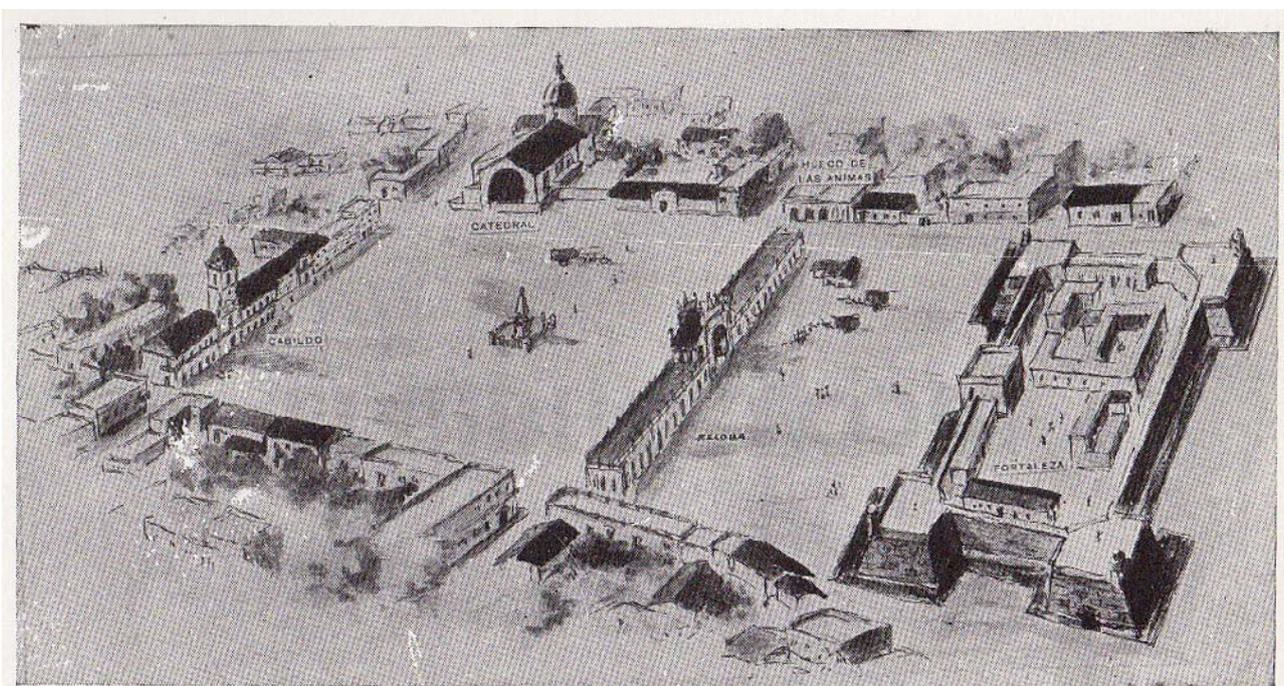
EL BIBLIOTECOM



EDITORIAL ORIENTE S.A.  
BUENOS AIRES

*a Vicente Rosa*

**EL BIBLIOTE.COM**



*Plaza de la Victoria en 1810*  
Fue el gran escenario de la historia argentina de 1806 a 1835.

## I

### LAS INVASIONES INGLESAS

1. Inglaterra en 1806.
2. Primera invasión y reconquista.
3. Buenos Aires depone al virrey.
4. Segunda invasión y defensa.

EL BIBLIOTE.COM

## 1. INGLATERRA EN 1806

### La revolución industrial.

El siglo XV había buscado las especias en la India, el XVII la “muselina”. Los holandeses, que heredaron la India de Portugal, impusieron en Europa el tejido barato de algodón, llegado a ser el tráfico remunerativo por excelencia. A comienzos del XVIII los franceses se apoderan de la India y aprovechan las muselinas; pero a mediados del siglo tanto Holanda como Francia han cedido sus derechos a Inglaterra. Ésta, que importaba de la India muselinas por valor de 16.200 libras esterlinas en 1720, aumentó a 200.354 en 1764, y llegaría en 1787 a 1.101.475 (cifras de Baines).

Inglaterra embarca los tejidos de algodón de la India que impone en el continente y en América (Portugal está obligado por el tratado de Methwen a comprarle por 50.000 libras semanales); pero trata de dejar el mercado interno a sus tejedores ingleses de lana. Esos tejidos e hilados, debido a las crecientes necesidades de vestido en una burguesía rica, prosperan y surgen poblados como Manchester especializados en trabajar la lana de los merinos españoles aclimatados en la isla. Se establece la competencia entre los productores, que se ingenian para abaratar la producción: en 1738 Kay crea la lanzadera volante, en 1764 Hargreaves la primera “Jenny” a pedal que con la fuerza de un hombre mueve diez husos; James Watt fabrica en 1794 las máquinas a vapor que por el esfuerzo de un obrero rinden como cien. Es la *struggle for life*; quien se detiene será arrollado.

El rico subsuelo carbonífero del oeste y de Gales permitirá el auge de las máquinas a vapor. Se inventan nuevos tipos de bombas para desagotar las minas y se recarga el horario y rebajan los salarios de los mineros a fin de tener la hulla barata y en cantidad. Wilkinson agrega los raíles de hierro para la conducción de vagonetas, y hacia 1790 Watt y Murdock construyen los martillos a vapor, y Cartwright y Arkwright planean los telares mecánicos girando muchos husos a la vez.

Las máquinas producen por cien, doscientos, quinientos obreros con el trabajo de uno. El costo disminuye, desaparecen los talleres artesanales y empiezan las manifestaciones económicas del gran capitalismo: financiación, concentración del capital, producción “standard” y barata, comercialización por los mismos industriales. Y también sus resultados sociales: desvalorización del trabajo, rebaja de salarios, empleo de mujeres y niños, horarios de catorce y dieciséis horas, condiciones insalubres de la producción. Capitalismo y proletariado son expresiones antagónicas.

Ha empezado la *revolución industrial* que dará la característica de la época contemporánea (más, pero mucho más que la revolución política francesa, doctrinaria y superficial). En Inglaterra la producción es superior al consumo, y el exceso debe colocarse afuera. En 1787 el Parlamento vota una ley que monopoliza el algodón en bruto de la India e impone a la fabricación de telas a mano gravámenes del 50 al 75%. Será la ruina de los talleres de la India, que solamente pueden exportar en buques ingleses, pero Inglaterra no está en condiciones de elegir: o sus usinas a vapor o las ruecas orientales. Convierte a la India, tradicionalmente productora, en una plantación barata de algodón que será trabajado en las fábricas de Manchester y Birmingham. No le basta: los Estados Unidos se han independizado en 1783 y la ex metrópoli los incita a cultivar algodón en vez de tabaco o azúcar. Después de su independencia los Estados Unidos exportaban algodón en rama a Inglaterra por 189.316 libras anuales; en 1794 por 1.601.700; en 1820 por 127.860.152. La “revolución industrial” maneja a la política inglesa: empieza el *imperialismo mercantil* que Pitt define: “Para Inglaterra: defender el comercio o perecer”.

Después de 1789 la *revolución política francesa* consolida la *revolución industrial inglesa*. La noche del 4 de agosto de 1789 la Constituyente abolirá los obstáculos al tráfico internacional en una borrachera doctrinaria liberal que hace exclamar a Camilo Desmoulins: “En esta noche histórica han caído todos los privilegios: se ha concedido la libertad de comercio; la industria es libre”. Francia se llena de tejidos ingleses de Manchester, que arruinan su producción nativa a los compases de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

La hegemonía diplomática que tiene Inglaterra es distinta de la del siglo anterior. El *imperialismo mercantil* será el dominio del mundo apoyado en el monopolio de hilados y tejidos baratos. Europa se arruina, pero sus teóricos leen en Adam Smith que la libertad de comercio es la base de la riqueza, y les parece una verdad científica, y sin réplica. Es la base de la riqueza para Inglaterra solamente, ya fuerte en esta guerra de paños y géneros; pero la mentalidad liberal extra-inglesa no atinará a comprender el distingo. La riqueza está en la libertad, pero no en la libertad de los individuos sino de las naciones.

Los liberales ingleses, dueños del capital industrial, aplauden las locuras de la Constituyente. Pitt mira en 1790 complacido la obra revolucionaria y no quiere entrar en las coaliciones contra el liberalismo que tan propicio se muestra a la industria británica. Toda la política británica está en conquistar el mundo para la producción a máquina.

Mientras Inglaterra conquistaba comercialmente Europa a los compases de la *Marsellesa*, poco podía contra América. La del Norte le vendía algodón, pero no había aceptado sus tejidos manufacturados; desconfiaba de la libertad de comercio porque daba a la palabra “libertad” un valor relativo. Se encerró en una barrera aduanera para desarrollar sus propias industrias. Y la América española, que había resistido victoriosamente con sus bayetillas baratas a la muselina oriental traída por el contrabando inglés, no parecía dispuesta a aceptar las confecciones maquinofactoriales de Birmingham aunque vinieran envueltas en promesas de independencia.

### Miranda (1790).

Este caraqueño que no predicaba la independencia a sus paisanos sino a las cortes europeas y a los revolucionarios franceses, se prestaría a “independizar” la América española para servir de mercado comprador de tejidos ingleses. No

lo hizo por devoción a Inglaterra, ni por corromperle su dinero. Era un tipo de hombre que acababa de hacer su aparición en el mundo y dejará larga descendencia: *el teórico de la "libertad"*. Quería para América española un gobierno "libre, sabio y equitativo". Como desconfiaba de la preparación del pueblo criollo para conseguirlo, esperaba sincera e ingenuamente que Inglaterra lo haría, por liberal, enemiga de España, y para desenvolver su comercio exterior, cuya incidencia en las cosas políticas nunca alcanzaría a comprender. Soñaba con "aliar formalmente" América española con Inglaterra por un roussiano *Pacto*, garantizándose mutuamente su *mutua* autonomía.

En 1790 Miranda está en Londres, y consigue llegar a Pitt.

"Sudamérica puede ofrecer con preferencia a Inglaterra un comercio muy vasto, y tiene tesoros para pagar puntualmente los servicios que se le hagan... —escribe a Pitt un *Memorial*—. Concibiendo este importante asunto de interés mutuo para ambas partes, la América del Sud espera que asociándose Inglaterra por un Pacto Solemne, estableciendo un gobierno libre y similar, y combinando un plan de comercio recíprocamente ventajoso, ambas Naciones podrán constituir la Unión Política más respetable y preponderante del mundo".

Que Inglaterra vendiera sus géneros manufacturados a los hispanoamericanos y éstos la retribuiesen con materias primas y víveres, era su ideal económico. No podía comprender en su euforia doctrinaria que creaba un coloniaje peor que el de España. Para Miranda lo primordial era un gobierno "sabio, equitativo y libre", con una *constitución* de tres poderes a lo Locke acomodada a la realidad hispanoamericana en los nombres de los poderes: un descendiente de los Incas sería *emperador* para reinar y no gobernar, una Cámara alta de *caciques* vitalicios y una baja de *comuneros* elegidos por la clase pudiente en una complicada elección, tendrían la realidad del poder.

Pitt leyó el *Memorial* de Miranda y proyectó una invasión a Buenos Aires que haría el general Craig, y otra a Méjico por el general Archibald Camper. Miranda aseguraba que los ingleses serían recibidos con salvadores pues juzgaba del estado popular por sus propias reacciones, y creía que el divorcio palpable de los americanos con las autoridades peninsulares los llevaría a apoyar a los "libertadores" británicos. No era que a Pitt ni a nadie en Inglaterra le interesase favorecer a los hispanoamericanos, pero buscaban la libertad de comercio y manejaban su juego con las cartas posibles. Al final Pitt jugó otra más prudente que la independencia de Hispanoamérica: ofreció a Jovellanos un convenio para la introducción de géneros ingleses que este liberal aceptó complacido. "¡He sido vencido por un tratado de comercio!", dijo Miranda desconcertado, y fue a ofrecer sus servicios a la República francesa, donde lo material no predominaba sobre lo espiritual.

## **Napoleón.**

Surge a poco Napoleón. Su política, en concreto, fue la defensa tenaz e inteligente de Europa contra la invasión económica británica. Se apoderó de Egipto para quitarle a las muselinas el camino más corto a Europa (a través del istmo de Suez); pero el peligro para la economía francesa no estaba en el comercio inglés sino en su industria. Entonces unificó Europa, para que no comprase mercaderías inglesas: lo hizo con sus granaderos invencibles e imponiendo sus hermanos y cuñados en los tronos europeos. Levantó contra la isla que arruinaba al continente, la muralla del Imperio francés. Tuvo que luchar contra los despistados "legitimistas" que lo creyeron *la revolución con botas* porque no era uno de ellos. Su objetivo fundamental estaba en defender la producción continental contra los géneros ingleses; Pitt comprendió el peligro y se hizo su más tenaz y peligroso enemigo. Napoleón impuso en 1804 el *bloqueo continental* prohibiendo el comercio con Inglaterra.

Inglaterra quedó en una situación gravísima; su desarrollo industrial no podía detenerse, pero no encontraba —sino por mezuquinos contrabandos— resquicios donde volcar el excedente de su enorme producción maquinofacturada. Hasta los Estados Unidos, que le vendían algodón, no aceptaban sus tejidos a fin de proteger su industria nativa; sólo le queda Portugal —el tiempo que lo permitiría Napoleón— y Brasil. También la posibilidad de América española, que hasta entonces había resistido con su artesanía a la muselina oriental barata, pero nada podría contra los extrabaratados tejidos a máquina de Manchester.

De allí la necesidad para Inglaterra a principios de siglo, cuando Napoleón empieza el "bloqueo continental", de conquistar América española.

## **Proyecto de invasión a Buenos Aires en 1803: Popham.**

Miranda, desilusionado de los franceses que con Robespierre han suprimido la Libertad y guillotinado a sus amigos *girondinos*, y con Bonaparte parecen olvidados de la independencia del Nuevo Mundo para quedarse con la seguridad del Viejo, trabaja en 1798 en Norteamérica un plan de "independencia protegida" que propone al presidente Adams. Consigue un rechazo de plano: a Adams no le parece la oportunidad del "destino manifiesto" (el continente americano es el *destino manifiesto* de la Unión Americana) que anunciaría Monroe en su doctrina de 1823. vuelve Miranda a Londres, donde forma un club o logia de residentes hispanoamericanos, entre ellos los argentinos Mariano Castilla y José Moldes, que eleva *memoriales* a Castlereagh, ministro de Colonias, reiterando sus viejo propósito. El gabinete, donde ya no está Pitt, destaca agentes para informar del espíritu de la población, que Miranda anuncia favorable, y establecer centros de propaganda y captación que ayudasen a la futura conquista británica. En 1803 el coronel James F. Burke es destinado a Buenos Aires a ese objeto.

Vida de novela la de Burke. Irlandés, había luchado contra Inglaterra en su juventud, para pasarse luego a los dominadores de su país. Sirve en el ejército, sobre todo en misiones de informante y formación de centros secretos de espionaje. Hombre de grandes recursos, excelente

cultura y trato, recorre Europa variando los disfraces en cada capital; Liniers al encontrarlo coronel *prusiano* en Buenos Aires, le parece haberlo conocido *francés* en Madrid, pero Burke con sus dotes de simpatía y convicción le hará creerse equivocado. Como coronel prusiano vive en Buenos Aires entre 1803 y 1804; funda centros de capacitación y espionaje en casa del comerciante norteamericano Guillermo Pío White, del irlandés Edmundo O' Gorman, sobrino del protomédico, y en la *Posada de los Tres Reyes*, calle del Santo Cristo (25 de Mayo), en la que crea con el portugués Juan Silva Cordeiro una logia masónica. El núcleo más importante es la casa de O' Gorman en la calle de la Merced (Cangallo), cuya bella esposa Ana Perichon de Vandeuil, subvencionada por Burke, resultó un excelente cebo para conseguir informaciones y manejar voluntades (andando el tiempo hará la conquista de un virrey). Burke trató a todo el mundo en Buenos Aires: los extranjeros de los *Tres Reyes*; los jóvenes de la *Sociedad Patriótica y Literaria* fundada por Cabello y Mesa (Castelli, Azcuénaga), los iniciados masónicos de Silva Cordeiro (Gregorio Gómez, Arroyo y Pinedo), el mundillo intérlope que se movía en el salón de Madame Perichon, los concurrentes a la severa tertulia de don Félix Casamayor y hasta el círculo áulico del virrey Sobremonte. Se dice que para descansar del clima argentino solía aislarse en su cuarto de la posada de los Tres Reyes y encender incienso que le recordara la niebla londinense. Terminada su labor en Buenos Aires, fue a Chile, donde levantó planos de la costa y puertos; siguió a Perú transformado en botánico que recogía especies curiosas por los caminos de acceso a Lima. En 1805 se descuida en un viaje de Cochabamba a Potosí y es apresado con acusaciones de espionaje; pero consiguió mover sus amistades, y Sobremonte le permitirá abandonar el país.

En 1807 regresará a Buenos Aires con Whitelocke como coronel efectivo; será el “baqueano” de la expedición que señaló el lugar de desembarco y el camino para entrar en la ciudad. Se batirá con valentía, porque era tan buen guerrero como espía. En 1809 pretenderá una tercera visita, pero Liniers, escamado, lo reembarcará.

LA MASONERÍA EN BUENOS AIRES. Aunque es nebuloso el origen de las logias masónicas en Buenos Aires, se sabe que en 1804 funcionó la de *San Juan de Jerusalén de la Felicidad de esta parte de América*, del portugués Juan Silva Cordeiro (que habitaba con Burke en la posada de los *Tres Reyes*), donde actuaron Manuel Arroyo y Pinedo, Juan Ángel Vallejos y Gregorio Gómez (más tarde integrantes de la *Logia Lautaro*, y corresponsal de San Martín este último). El “taller” de las tenidas y el ritual estaba en casa de un José Tabares, pero la obra de captación se hacía en los *Tres Reyes* donde —al decir de Juan María Gutiérrez— se “bebía masónicamente”. Es posible que la *captación* fuese a la vez ideológica y comercial, porque los *Tres Reyes* era un reducho de contrabandistas, y Arroyo Pinedo y Gómez empleados de la Aduana y de la Renta de Tabacos.

Un incidente casi finaliza con la *logia* en 1805. Una mucama descuidada puso a secar al sol las *capas magnas* y *mandiles* con signos cabalísticos y los vecinos las advirtieron. Fue informado el obispo, que lo hizo saber al virrey Sobremonte. Se encargó a la Audiencia de la investigación. Detenido Gregorio Gómez, denunció a los componentes; pero éstos, que pudieron enterarse a tiempo por otro *iniciado* empleado en la Audiencia —dice Gutiérrez—, regalaron dos cajas de alhajas a la marquesa de Sobremonte con motivo de su santo, que era en esos días. La marquesa aceptó el obsequio, y el sumario no prosperó.

Esta logia seguirá con diversos nombres durante varios años: logia *independencia*, logia *Hijos de Hiram*, etc., cambiando de denominación, domicilio y “Venerables” según las circunstancias y posibilidades.

En 1803 Castlereagh encarga al comodoro *Home Riggs Popham* que estudie con Miranda el plan venezolano del apoderamiento de la América española por expediciones militares apoyadas, en lo interno, por los partidarios de una “independencia” política. El mismo año es elevado a estudio del gabinete; habría dos expediciones: una a Venezuela dirigida por el mismo Miranda con dos mil infantes británicos y cuerpos de caballería y artillería; la otra al Río de la Plata conducida por Popham con tres mil soldados. El plan fue discutido y finalmente no será aprobado. El 30 de abril de 1804, Jorge III, que ha declarado nuevamente la guerra a Napoleón contando con la alianza de Austria y Rusia, llama otra vez a Pitt, entusiasta del plan de Miranda, a formar gabinete. Tal vez ha llegado la oportunidad.

## Guerra con España (1804).

El 5 de octubre de 1804 se produce el *casus belli* que obligaría a España a tomar parte en la guerra contra Gran Bretaña. En plena paz, cuatro fragatas españolas que conducen dinero y pasajeros del Río de la Plata (*Clara*, *Mercedes*, *Fama* y *Medea*) son asaltadas por cuatro navíos de guerra ingleses al aproximarse a Cádiz.

El ataque lo llevó el comeder inglés Moore, que estaba en Cádiz esperando la aproximación de las fragatas (las autoridades españolas, ajenas a sus propósitos, lo habían agasajado). El objeto de apoderarse de 12.000.000 millones de pesos en metálico y, desde luego, empezar una guerra contra España. Viajaba en una de las fragatas el mayor general español Diego de Alvear, que había precedido la comisión de límites con Brasil, y salvó la vida junto con su hijo Carlos María, futuro vencedor de Ituzaingo; pero no así su esposa e hijas mujeres que perecieron en la explosión de uno de los buques (la *Mercedes*).

España declara la guerra en diciembre. Pitt supone que el formidable poder de la coalición de Inglaterra contra Austria, Prusia y Rusia deberá necesariamente aplastar a Napoleón. Éste acaricia el proyecto de desembarcar en Inglaterra contra un ejército franco-español que termine para siempre con su gran enemiga. Para esto necesita dominar el canal de la Mancha, y ordena a la escuadra francesa, mandada por Villeneuve, y la española, por Graviña, que actúen unidas bajo el mando incompetente de Villeneuve y contra la gran pericia del almirante inglés, Alfred Nelson. El 21 de octubre de 1805 Nelson encuentra la escuadra franco-española a la altura del cabo *Trafalgar* cerca de Cádiz, y la derrota completamente. Desde entonces los mares quedaron para Inglaterra. Mes y medio más tarde (el 2 de diciembre) Napoleón derrota a los austríacos y rusos en *Austerlitz*, y a su vez el continente quedaba para él.

Al saber la noticia de Austerlitz se dice que Pitt enrolló un mapa de Europa que tenía sobre su mesa: “No lo necesitaremos, por lo menos por diez años”.

## Se renueva la idea de una invasión a América española (1804).

Al tiempo de atacar las cuatro fragatas españolas en aguas de Cádiz, el vizconde de Melville, primer lord del Almirantazgo británico, había pedido a Popham una renovación del proyecto de invadir América española, el 4 de octubre, diez días después del hundimiento de las fragatas, el comodoro lo eleva a su superior:

“La posibilidad de ganar algunas bases prominentes en Sudamérica, quitándoselas a sus conexiones europeas actuales, fortaleciéndolas militarmente y tomando todas sus ventajas comerciales, puede calcularse una empresa semejante daría a este país, sería incalculable. Las riquezas que traerá, los nuevos mercados que se abrirían a nuestras manufacturas y navegación... son igualmente inmensos” (Admiralty 1/58 Popham to Melville, 14-10-804).

Pitt no ha esperado la definición de *Trafalgar* para apoderarse de las colonias de los aliados de Francia, apoya una expedición de Miranda, con ayuda norteamericana, a Venezuela (que después veremos); en julio de 1805 prepara otra al Cabo de Buena Esperanza, colonia de Holanda (que como España era aliada de Napoleón), compuesta de 6.000 hombres al mando del mayor general sir David Baird, con Popham de jefe de la escuadra. Ni Baird ni Popham llevan instrucciones *escritas* de hacer otra cosa que el apoderamiento del Cabo y las islas holandesas de la Malasia; pero antes de partir, Popham tiene una entrevista con Pitt donde el *premier* se muestra esperanzado en la derrota de Napoleón por los austro-rusos, y un consiguiente cambio de España, que impulsada por el emperador de Austria dejaría la alianza francesa para unirse por Inglaterra. Eso obligaría a posponer —aseguraré después Popham haberle dicho Pitt “toda tentativa en estos momentos sobre el Río de la Plata”.

“La idea de liberar Sudamérica no es ciertamente una novedad para mí —habría escrito lord Pelham al gabinete—... pero no estoy preparado para decir que una empresa semejante aceleraría nuestra exclusión de las cosas europeas y arrojaría más a España en las manos de Francia”. (Castlereagh, Correspondence, VII, 286).

El apoderamiento del *Cabo* se consigue en enero de 1806 con pleno éxito. En esos momentos muere Pitt (23 de enero) sin haber podido dar a Popham nuevas instrucciones emergentes de la situación creada por la derrota de los aliados de Inglaterra en *Austerlitz*, que alejaba a Inglaterra del continente.

### **Popham decide la expedición al Río de la Plata (abril de 1806).**

En el Cabo, el comodoro recoge informes de la debilidad militar del virreinato del Plata, traídos por un negrero norteamericano de apellido *Wayn* o *Wayne*, así como de la *desafección* de sus habitantes hacia las autoridades españolas.

Wayn era un agente de los espías destacados en Buenos Aires. De allí el misterio que Popham da a sus mensajes: un “profundo secreto”, la “más estricta reserva” dice en sus comunicaciones al Almirantazgo. El norteamericano aseguraba que “el pueblo de Buenos Aires y Montevideo estaba tan cansado de su gobierno y sufría tanto por el monopolio... que si el comercio se abría, todos los habitantes conservarían el lugar para Inglaterra sin necesidad que la Nación Británica emplease tropas”. Wayn estaba conectado al comercio intérlope de White, de allí su criterio para juzgar las cosas (Adm. 1/58 Popham to Melville, 30-4-806).

Popham convence a Baird que le facilite un cuerpo de ejército para esa fácil conquista; le lleva, para mayor apoyo, la opinión de un tal Mr. Wilson, “eminente comerciante de la City de Londres”, que estuvo en Montevideo, y consideraba “que mil hombres bastaban para apoderarse de Buenos Aires”. Como el comodoro era hombre de la intimidad de los ministros, Baird accede. Se prepara la invasión que tiene mucho de aventura de piratas: el motivo que parece haber decidido a Baird era saber que se encontraba en Buenos Aires el *situado* de “caudales reales” (la recaudación impositiva) de Chile y Perú, cuyo monto se hacía ascender a cinco millones de pesos plata, que no habían podido salir del puerto por causa de la guerra. Los caudales eran “buena presa” correspondiente al jefe, aun cuando no se tomase parte en la invasión (los espíritus de Drake y Cavendish debieron regocijarse en sus tumbas de agua), y el mayor general facilitó 1.040 hombres (857 del 71° de *Infantería ligera escocesa* parte del 20° de *Dragones* de caballería y algunos artilleros con cañones modernos y proyectiles *schrappnell*) para que fuesen con Popham al Río de la Plata, debiendo reforzarse las tropas en la isla Santa Helena.

Si Popham sabía hablar a Baird en su lenguaje, a Castlereagh (ahora ministro de guerra en el gabinete de lord Granville, que había sustituido al fallecido Pitt) lo haría en el suyo: “Considero la posesión de una colonia en las costas de Sudamérica llena de incalculables ventajas tanto para la Nación como a la colonia en particular —le dice— y no necesito señalar a V. E. los beneficios de abrir un nuevo y lucrativo cauce para la exportación de nuestras industrias nacionales, que al gobierno francés tanto le interesa obstruir y disminuir”.

### **Instrucciones a Beresford.**

Para que la expedición no dependiese del comodoro, de quien no era amigo, Baird ascendió a brigadier por mérito de guerra al coronel William Carr Beresford (que tendría un grado equivalente al de Popham) y le nombró jefe de las tropas. Tal vez para que Popham no reincidiera en sus ideas *mirandinas* de incitar una “independencia”, dio precisas instrucciones a Beresford sobre el objetivo político: debería establecerse como *teniente-gobernador* a nombre de Jorge III “en los establecimientos en el Río de la Plata que someterían las armas de Su Majestad, con el poder y salario que tuvieran los gobernadores españoles”. Esto incluía la “independencia” a lo Miranda. Por eso el primer acto de Beresford a instalarse en Buenos Aires fue exigir a los vecinos un juramento de lealtad a Jorge III.

Popham lamentaría posteriormente ese objetivo de dominación política que perjudicó los intereses mercantiles al retraerle, a su juicio, el apoyo popular.

## El viaje.

Asegurada con las informaciones de Wayn, y otras llegadas de un tal Fisher, intérprete de la aduana de Buenos Aires curiosamente traspapelado en el Cabo de los mensajes de White para Popham, la expedición recaló en la isla de Santa Helena el 20 de abril a fin de embarcar un refuerzo de 150 infantes, 100 artilleros y un número apreciable de cañones. Allí la esperaban precisos datos sobre los mejores lugares de desembarco en las costas del Plata.

El cabildo de Buenos Aires había denunciado desde 1804 que marinos de guerra ingleses realizaban mediciones y sondeos en el río a bordo de buques mercantes portugueses a la vista y paciencia del virrey Sobremonte.

Desde Santa Helena adelanta Popham una fragata —la *Leda*— para reconocer el río de la Plata y esperarlo en su boca. Como no tendrá noticias de la *Leda*, que cayó en poder de los españoles, irá el mismo Popham en su buque insignia —el *Narcissus*— el 27 de mayo, mientras el resto de la escuadre —navíos *Raisonable*, *Diadem* y *Esconter*, cuatro transportes de guerra y varios buques que llevaban mercaderías para vender en América (que significó una cuantiosa ganancia a Popham y Beresford) — lo que seguirá al completar su armamento. El punto de reunión se fijó en la isla de Flores. No era sólo una expedición militar; además de los buques mercantes, iban 60 mujeres y 40 niños de las familias de los suboficiales y soldados, salidos para colonizar el África del Sur y que ahora esperaban hacerlo en el Río de la Plata.

El 13 de junio la flota está reunida en la isla de Flores. Popham ha recibido allí mensajes de White confirmado la existencia de los caudales reales en Buenos Aires, e informaciones que la ciudad se halla desguarnecida por haberse mandado la mayor parte de la tropa veterana a Montevideo. Hay consejos de oficiales: Beresford opina que debe empezarse por tomar Montevideo, pues si esta plaza quedaba con tropas y armas, el mantenimiento de Buenos Aires por los invasores se haría difícil. Pero los más, ilusionados por los caudales, quieren un ataque inmediato a la capital antes que los españoles lleven el *situado* al interior. Y la noche del 24 de junio la escuadra se pone a la vista del fortín de la Ensenada, en Barragán.

## Miranda en Venezuela: las invasiones “libertadoras” de 1806.

Mientras tanto Miranda, animado por James Monroe, representante norteamericano en Londres, ha renovado sus contactos con Estados Unidos. Ya no gobierna el prudente Adams, y Thomas Jefferson, el nuevo presidente, tiene problemas con España por Luisiana. Monroe había conseguido, a mediados de 1805, que Pitt apoyase moral y materialmente una expedición contra Venezuela que organizaría Miranda en Nueva York.

Las promesas inglesas incluían la llegada de tropas una vez establecido un gobierno “independiente”, y una subvención de 12.000 libras para los gastos iniciales.

Miranda desembarcó en Nueva York el 4 de noviembre de 1805. Con el consentimiento del gobierno y el dinero británico enganchó voluntarios y armó una corbeta —la *Leander*— de 200 toneladas, a la que se unirá en Puerto Príncipe una fragata, la *Emperor*, que el emperador de Haití —Dessalines, coronado con el nombre de *Jacques I*— habría de facilitarle. Miranda “estaba convencido —dice uno de sus compañeros— que le bastaría aparecer en las costas de Venezuela para que la América del Sud dejase de pertenecer al rey de España”.

La expedición fue desgraciada: en vez de la *Emperor*, apenas pudo conseguir Miranda dos goletas viejas y mal artilladas. No obstante, con ellas llegó a *Ocumare* en las costas venezolanas el 15 de marzo de 1806, para encontrarse con dos fragatas españolas que le apresan las goletas y obligan a escapar en la *Leander*. Los prisioneros (ingleses y norteamericanos en su totalidad) son ahorcados como piratas por las autoridades españolas. Miranda recorre las Antillas inglesas en procura de refuerzos: en *Barbados* encuentra al comodoro *Cochrane* (futuro héroe de la independencia sudamericana), que le facilita ocho goletas de guerra y tres transportes, y permite alzar bandera de enganche. Hacen entre ambos un formal *tratado de alianza*: Miranda a cambio de la protección naval, militar y financiera inglesa, se compromete a “favorecer el comercio y la marina británica” en *Colombia* (así llama a América española) liberada de los españoles.

El 3 de agosto la escuadrilla llega al puerto de *La Vela* en la costa de *Coro*, donde Miranda ha citado a sus partidarios que en su tremenda imaginación ha supuesto infinitos. No hay nadie, ni siquiera están los habitantes del puerto, huidos al aproximarse los libertadores por creerlos piratas ingleses. Inútilmente el Precursor izará en lo alto del torreón del puente la bandera de *Venezuela libre* (azul con la luna y el sol naciente y una leyenda: “Muera la tiranía y viva la Libertad”). Nadie viene. Se interna a la vecina ciudad de *Coro*, que encuentra igualmente despoblada. Hace fijar en las esquinas solitarias una proclama al *Continente Colombiano* donde habla de “los buenos e inocentes indios, los bizarros pardos, los morenos libres”, que nadie lee. Sólo dos esclavos fugitivos y una negra que estaba en la cárcel por homicidio se presentan a sus filas: la gente ha escapado a las sierras, a la espera que vengan las tropas de la capital para expulsar “a los piratas”. El 7 de agosto Miranda abandona *Coro* y vuelve a *La Vela*. Como ya vienen las tropas desde Caracas, el Precursor embarca a los libertadores el 13 de agosto a esperar, porque nunca se desengaña, en la isla de Granada la ayuda de 1807, en que la tripulación se le subleva y debe volverse a Londres, donde llega en octubre, a gestionar otra expedición. Pero el ministro de guerra, Castlereagh, se ha desilusionado, en octubre de 1807, de aventuras “libertadoras” en la América española después del desastre que había ocurrido en Buenos Aires.

## 2. PRIMERA INVASIÓN Y RECONQUISTA

### Aprestos de Sobremonte.

Al recibirse noticias —el 2 de abril de 1805— del estado de guerra con Gran Bretaña, Sobremonte había tomado medidas de defensa, contaba con 1.400 veteranos destacados por todo el Virreinato entre *fijos*, *dragones* y *blandengues*, y un centenar de artilleros de las baterías de Montevideo, Maldonado, Colonia y Ensenada. Las fuerzas navales apenas eran una corbeta, un bergantín y algunas lanchas cañoneras. El virrey resolvió que en caso de emergencia se convocasen las milicias de campaña, más adiestradas que las *urbanas*, concentrándolas entre Las Conchas y Olivos al norte y Quilmes y Ensenada al sur; las fuerzas regladas de caballería de Buenos Aires (*dragones* y *blandengues*) ocuparían el bajo de la ciudad y custodiarían la costa hasta Olivos; dentro de la ciudad de infantes *urbanos* del comercio, guarnecerían la Fortaleza y rondarían las calles, mientras el *Fijo* acamparía en la Plaza Mayor dispuesto a combatir. Como única providencia efectiva llamó un refuerzo de ciento cincuenta milicianos de Córdoba y San Luis para guarecer la costa entre Buenos Aires y Quilmes. Seis cañones emplazados a intervalos regulares entre Ensenada y Buenos Aires anunciarían con un disparo la presencia de enemigos.

Se dieron patentes de corso a algunas embarcaciones armadas por comerciantes porteños: Dromedario, de la firma genovesa Camuso y Masini, a cargo del capitán francés Hipólito Mordeille; Fina, armada y capitaneada por José Badía; Nuestra Señora de Isiar, capitán Ugaldá, y Carmen, propiedad de Santiago Castañar.

El 16 de diciembre se sabe en Buenos Aires que la escuadra de Baird ha fondeado en Bahía el pasado noviembre, como presume que su objeto es el río de la Plata, por pronta providencia Sobremonte ordena internar los caudales. Convencido que los ingleses atacarían antes que nada Montevideo, el virrey va a la Banda Oriental con la mayor parte de las fuerzas veteranas.

El escaso calado de la playa en las cercanías de Buenos Aires (no era practicable en el Riachuelo) descartaban la posibilidad de un ataque a la capital. Solamente la marea alta podría acercarse a la costa con un bote con cañones.

El 28 llega la noticia que la escuadra inglesa ha tomado desde Bahía rumbo al Cabo. Creyendo desaparecido el peligro vuelve Sobremonte a Buenos Aires y no cumple la internación de los caudales, pero los veteranos quedan en Montevideo. Entiende el virrey que para defender Buenos Aires bastaban 1.300 milicianos de caballería que podía apostar en la costa y otros 1.300 dentro de la ciudad, más una fuerza veterana no mayor de 300 blandengues. El punto débil del virreinato no era Buenos Aires sino la Banda Oriental.

### Los ingleses ante Buenos Aires (18 al 26 de junio).

El 18 de junio se reciben las primeras informaciones de encontrarse buques enemigos en las cercanías de la isla de Flores. Sobremonte no toma otra medida que una relación de los capitanes de milicias sobre el estado de caballos y monturas. Pasan seis días de nerviosa expectativa; el 24 a las cuatro y media de la tarde se avistan navíos de guerra frente a Quilmes; al anochecer, el comandante de Ensenada, capitán de navío Santiago Liniers, entrevé unos buques “alterosos y de poco guinda” que le parecen mercantes holandeses.

Esa noche el virrey celebraba una fiesta familiar epilogada con una función en la Casa de Comedias (la representación de “El sí de las niñas”, de Moratín, ha quedado clásica). Allí le entregan nuevos pliegos de Liniers rectificando que los buques no eran mercantes holandeses sino navíos de guerra ingleses, pues acababan de dispararle unos cañonazos que habría replicado con sus baterías costeras.

Eran las nueve de la noche. Sobremonte se retira a la Fortaleza. Convoca a las milicias urbanas para la mañana siguiente en los cuarteles del *Fijo* y *Dragones*, desocupados por estar los cuerpos en Montevideo. Sube a la azotea de la Fortaleza para “hacer señales a los buques corsarios a fin de que se cobijaran” (esta actitud hizo creer que estuviese en connivencia con los atacantes), ordena que el subinspector de Milicias y Tropas Regladas, Pedro Arze, con las “más aparentes” milicias cubriese el puesto de Quilmes, mientras el teniente-coronel de blandengues, Manuel Gutiérrez, con doscientos suyos iría a proteger Ensenada. Y se va a dormir.

Al amanecer del 25 las milicias de infantería se aglomeran en La Ranchería, cuartel del *Fijo*, y las de caballerías en Las Catalinas, asiento de los *Dragones*: son mil trescientos hombres en cada cuartel, fuerza ponderable si tuviese instrucción y armas. Hacia las nueve de la mañana se presenta la escuadra inglesa, que había cambiado tiros la noche anterior en Ensenada, a la vista de la ciudad y en formación de guerra: en la Fortaleza disparan tres cañonazos en señal de alarma, lo que congrega en la plaza a considerable gente —calculada en mil quinientos entre hombres, viejos y niños— que vivan al rey y piden armas para “defender la Patria” (la *patria* era la ciudad en la terminología de la época). Sobremonte se muestra en los balcones, y los arenga. Por primera y única vez en su vida es aclamado; dicen que “están tomadas todas las providencias”, y los invita a retirarse “a almorzar, que él vigilará” con su catalejos.

## El desembarco (25 de junio).

A las 11 de la mañana del 25 los ingleses, después de recorrer la costa en busca del mejor lugar, empiezan el desembarco en Quilmes. Son veinte botes que van y vienen con soldados uniformados de rojo, cañones, caballos, arreos, pólvora, que depositan trabajosamente en la playa bajo una llovizna fría; un bañado los separa de la barranca. Desde allí un sargento de artillería española con cinco hombres y una de las piezas encargadas de las señales dispara el cañonazo de alarma, conforme a lo convenido, y permanece firme. Tal vez los ingleses creen que hay más tropas ocultas en los espinillos, pues se quedan en la playa, calados y ateridos. Hasta el anochecer dura el desembarco de los 1.635 hombres, con sus implementos.

Arze llega al mediodía a Quilmes con cuatrocientos milicianos elegidos entre los más dispuestos y mejor montados, a los que ha agregado cien blandengues, dos cañoncitos de a 4 y un obús de a 6. Toma posición en las barrancas junto al sargento del cañón y no hace nada, nada, en toda la tarde. Mirar, nada más. Los milicianos y blandengues desean cargarse al grupo de ateridos ingleses, que se va engrosando cada vez más, pero el subinspector sólo quiere obrar sobre seguro. Manda a pedir refuerzos; y mientras vienen, seguirá esperando.

Llega la noticia del desembarco a Buenos Aires. Sobremonte manda a tocar generala a las dos y media de la tarde, y la multitud vuelve a congregarse en la plaza; los milicianos reclaman armas, pero el virrey no se atreve a armar a las milicias, dirá más tarde el cabildo en su informe. Se limita a distribuir las, desarmadas, en compañías al mando de algunos oficiales veteranos. Sólo más tarde les dará una carabina con cuatro tiros a los de caballería.

“Se toco la alarma general —dirá Belgrano en su Autobiografía— y conducido del honor volé a la Fortaleza, punto de reunión: allí no había orden ni concierto en cosa alguna como debía suceder en grupos de hombres ignorantes de toda disciplina y sin subordinación alguna. Allí se formaron las compañías y yo fui agregado a una de ellas, avergonzado de ignorar hasta los rudimentos más triviales de la milicia”.

Sobremonte ordena que la caballería vaya al *punte de Gálvez* (hoy puente Pueyrredón) donde atraviesa el Riachuelo el camino del sur: son 129 hombres de a caballo, la mitad mal armados. El resto de las milicias debe concentrarse en sus cuarteles, a la espera de armas y órdenes. El virrey revista a los 129 del puente, a quienes agrega un tren volante de artillería; luego vuelve a la Fortaleza a disponer se saquen los caudales para el interior, conforme a lo previsto, con una escolta de cien blandengues. Como ha cumplido su deber, se va otra vez a dormir.

EL BIBLIOTECOM



"A las once de la mañana del 25 de junio de 1806 los ingleses, después de recorrer la costa, empezaron el desembarco en Quilmes".

## Combate de Quilmes (26 de junio).

Todo parece una comedia. Los ingleses completan el desembarco al anochecer del 25, pero se quedan en la playa, entre el río y el bañado, empapados por la lluvia. Arze, como fascinado, no se mueve en toda la noche, no obstante que la lluvia hubiese favorecido el ataque. Al amanecer del 26, los ingleses inician lentamente el avance por la tosca húmeda y anegada; cruzan el bañado con el agua por las rodillas arrastrando los cañones. Arze se limita a mirarlos desde la altura. Los invasores se despliegan en orden de combate ante la posición de Arze (“la más bella posible” dirá uno de ellos), y solamente entonces el caballeroso subinspector rompe el fuego con los dos cañoncitos y el obús; los ingleses responden con sus *shrapnell*.

Al oír los disparos, Sobremonte sube con su edecán a la azotea de la Fortaleza. Mira con un catalejo: “los ingleses saldrán bien escarmentados”, asegura satisfecho. No habría tal: estallan los *shrapnell* entre los milicianos en el momento de llegar algunos refuerzos que vienen desde el puente de Gálvez; las tropas de Arze y las recién llegadas quedan envueltas por el humo de la metralla y el subinspector sólo atina ordenar la retirada. Es una huida general, y Arze, que no será de los más lerdos, amonesta a los reclutas: “¡Yo ordené tocar retirada y no desordenada fuga!”, para lamentarse a grandes voces: “¡Qué dirán las mujeres de Buenos Aires!”. Eso es el “combate de Quilmes”.

Sobremonte no alcanza a distinguir con su catalejo el alcance del escarmiento. Algo pasa, pero la distancia, neblina y el humo de los cañones le impiden saber qué es. Deja la Fortaleza, va al puente. Empiezan a llegar los fugitivos: el trémulo subinspector da verbalmente el parte de la derrota; “eran entre *cuatro o cinco mil*” los enemigos “bien disciplinados y aguerridos”; por eso debió dejarles el campo con los cañoncitos y el obús. “Antes de la oración — asegura a gritos— los tendremos en el puente”. A Sobremonte no se le ocurre nada ante el peligro: ni cavar trincheras, ni distribuir a la milicias los 400.000 tiros del parque, que más tarde caerán en poder de los ingleses, ni preparar el Fuerte con sus 35 cañones de a 24. Sólo atina a destruir el puente y poner las embarcaciones amarradas en el Riachuelo a la orilla izquierda, “así los enemigos no pueden usarlas”.

Después, padre y marido ejemplar, piensa en los suyos. Vuelve a la Fortaleza, hace aprontar un carruaje, que con la correspondiente escolta llevará a su esposa, hijas y futuro yerno a la seguridad de la quinta de *Monte Crespo* (Floresta), donde se les habría de reunir el cabeza de familia “una vez agotadas las medidas que requiere el honor”. Se le ha ocurrido una idea: hacer del Fuerte, con sus 35 cañones de a 24 y a su sólida construcción de ladrillo, un baluarte. Allí ordenará replegarse a los milicianos del puente, mientras él escribirá al gobernador Ruiz Huidobro, de Montevideo, para que le mande a Monte Castro, con premura, las tropas veteranas acantonadas en la Banda Oriental. Cuando lleguen aplastará a Beresford entre ellas y la Fortaleza. Ordena al coronel José Pérez Brito quedarse en la Fortaleza con “el mando de la ciudad”, mientras él operaría del exterior.

En ese momento se le acercan los oidores a preguntar noticias y que deben hacer. Les informa la delegación del mando militar “y el político quedará en las manos de V. Mercedes, que se encerrarán aquí (la Fortaleza) para hacer una rigurosa defensa”. Los oidores se miran: ¿el marqués estará en sus cabales? “No dejamos de extrañar —dirán después de la Reconquista— que el virrey... hubiese tratado que el Tribunal se encerrase en el Fuerte para objetos extraños a su profesión y conocimientos”.

Brito, alarmado, pregunta: “¿Qué defensa podré hacer yo en el Fuerte?”; ¿Que caigan abajo sus cimientos!” responde heroico Sobremonte; “¿Y que víveres hay para ello?”; “Pues cuando no haya más remedio podrán hacer VV. (Brito y los oidores) una capitulación honrosa”. Y tomando la puerta: “Señores, las circunstancias apremian”.

No había cobardía en Sobremonte; no la tuvo en toda su carrera, y no se le despierta ahora. Sólo está mareado: él sirve para obedecer pero no atina lo que debe mandarse. A las siete de la noche va nuevamente al puente Gálvez, que ha sido volado. Echados cuerpo a tierra, en la ribera junto al Riachuelo, están los milicianos de la plaza, a quienes se les ha repartido algunos fusiles pero mezquinado las municiones (los ingleses se incautarán de los 400.000 tiros sin usar). Unos astilleros tienen cañoncitos de a 2. No hay más oficial superior que el asustado Arze, que no deja de infundir ánimo: ¡son muchísimos y aguerridos los ingleses!”. Sobremonte ordena a los milicianos que deben “replegarse a la Fortaleza”; como nadie se mueve repite la orden a su edecán, que la trasmite en voz fuerte. Se levantan las protestas: “¿Cómo se entiende eso de retirarse cuando no se sabe de que color es el uniforme del enemigo?” se oye a algunos. “Nadie levante la voz —ordena el edecán—. Pena de la vida al que no obedezca al señor Virrey”.

## “Acción” de Gálvez (27 de junio).

En ese momento —las ocho de la noche— llegan a la otra orilla las primeras avanzadas inglesas, recibidas con fuego de fusilería por los milicianos; los cañones —manejados por veteranos— quedan mudos. Beresford detiene el avance hasta salir el sol, para ver el obstáculo que se interpone. Sobremonte, al tiempo de volver a su carruaje, ordena seguirle a los veteranos y reitera a las milicias la orden de replegarse a la Fortaleza. Hay un momento de esperanza: el virrey irá seguramente al paso Chico a cruzar el Riachuelo y tomar a los ingleses por la retaguardia. No hay tal: ha terminado la jornada y el virrey se repliega a dormir a la quinta de Dorna en San Telmo.

Al amanecer del 27 ocurre la “acción” del puente de Gálvez. No dura una hora: algunos marineros ingleses han cruzado el Riachuelo a nado y traído las embarcaciones a la orilla derecha; los *shrapnell* caen sobre los milicianos que se retiran en confusión. Con las barcas los ingleses tienden rápidamente un puente y cruzan el río. Sobremonte desde la azotea del Hospital en lo alto de San Telmo sigue “la acción” con su catalejo. De allí se irá a Monte Grande con su escolta de veteranos, mientras las milicias entran a la ciudad a cumplir la orden de “replegarse a la Fortaleza”.

“Todos disgustados —escribe un testigo— tomamos la calle del bajo (Defensa) dirigiéndonos a la Real Fortaleza confusos y llenos de vergüenza, sin levantar la vista, y muchos llorando de pena, dejando en esa forma el paso franco a un enemigo débil”.

### La rendición (27 de junio).

Los milicianos entran en la Fortaleza. Pérez Brito consulta con los oidores al saber la “acción” de Gálvez. Hay que rendirse, para evitar sufrimientos a la ciudad; por supuesto deben cumplirse formalidades, redactar una capitulación con “todos los honores”, etc., firmada por el virrey. Per ir al Monte Castro es correr el riesgo de toparse con los ingleses “que ya se vienen”. Deliberan toda la mañana los oidores con Pérez Brito y algunos vecinos; nadie sabe los trámites de una rendición. Mientras tratan de informarse, mandan un parlamentario al general inglés a pedirle “detenga su marcha hasta tener listos los preparativos de la capitulación”. El enviado se encuentra en el camino con un oficial inglés, Ensign Gordon, que viene en nombre de Beresford; lo acompaña a la Fortaleza y gentilmente le sirve de intérprete. ¿Cómo se hace para una rendición? Afortunadamente Juan Larrea trae de su casa un libro de arte militar con un modelo de capitulación. Las formalidades han quedado salvadas: Pérez Brito copia la “capitulación” acomodándola a las circunstancias —no olvida poner lo de “todos los honores”—, la firma en nombre de la “Junta de Guerra”; Gordon la llevará a Beresford. Es la una y media de la tarde.

Una hora después vuelve Gordon con el documento tan trabajosamente logrado: Beresford no quiere recibirlo “porque no es hora de capitulaciones”. Él, como vencedor, impondrá *las condiciones de la rendición*; pero sólo después de entregarle “los caudales del Rey y cualquier otro que hubiese de la Real Hacienda”, haciendo responsable a la “Junta de guerra” si hubiesen sido ocultados. Se miran los oficiosos capitulados: “¿Dónde están los caudales?” Alguien se conmine a ir al Monte Castro a pedirlos al virrey, y ¿los “honores de guerra”? Los concede el oficial inglés: los milicianos que están en el Fuerte, con la “Junta de guerra” a la cabeza, podrán salir con banderas desplegadas y redoblar de tambores a depositar sus armas a los pies del vencedor.

A las tres de la tarde los primeros ingleses entran por la calle Defensa a la plaza Mayor. Tras cruzar bajo el arco de la Recoba, a manera de arco de triunfo, forman alineados en la plaza. A las cuatro, Beresford llega a la Fortaleza. Con disgusto, los oidores y Pérez Brito han debido pasarse sin la salida “con honores” y la entrega de las armas, porque los milicianos han roto sus fusiles y se han ido sin ceremonias por la puerta trasera, llamada “de socorro”.

### Primeras disposiciones inglesas.

Las tropas son alojadas en el Fuerte, la Ranchería y los cuarteles abandonados; los oficiales en las casas de familia. El 29 Beresford da una proclama: habla de la población cobijada bajo “el honor, la generosidad y la humanidad del carácter británico”; habrá libertad de culto y “libre comercio”. Espera que la ciudad goce en paz las grandes ventajas “del tráfico mercantil sin trabas que harán de la rica provincia de Buenos Aires, y de Sudamérica en general, los más prósperos países del mundo”. Pagarían un arancel aduanero del 10% las mercaderías inglesas, y el 20% las extranjeras”.

La gran preocupación del inglés son los caudales. ¿Dónde están?... Se le informa que los ha llevado Sobremonte. Conmina al coronel de la Quintana y al cabildo de entregárselos “por ley de guerra”; en caso de no hacerlo, se cobraría con los buques de propiedad de particulares. Quintana escribe un oficio a Sobremonte. Poco después se sabe que la carreta del *situado* está en Luján y así se le dice a Beresford. Una partida inglesa va allí, y los trae.

Una vez conseguido los caudales, Beresford conoce el 2 de julio las *condiciones de rendición*.

La tropa española, miliciana o reglada, quedaba licenciada; los oficiales españoles o nativos estarían en libertad si juraban fidelidad al rey de Inglaterra; se respetaría la propiedad privada; no se forzaría a nadie a tomar las armas contra el rey de España; los magistrados seguirían en sus empleos “bajo la protección de S.M. Británica” y previo su juramento; se protegería la religión católica y al “santo” clero; se devolverían a sus dueños los buques tomados; toda propiedad pública debería entregarse.

El *situado* alcanzaba a 1.291.323 pesos plata; menos de lo supuesto, pero de cualquier manera una suma respetable. Parte se deja a la tropa, y el resto (más de un millón) es embarcado para Londres. Allí será recibido en triunfo, desfilará entre las banderas tomadas y se depositará con todos los honores en el Banco de Inglaterra. Reducido a libras y esterlinas y hechas las deducciones para la Corona, fueron repartidos entre los jefes y oficiales.

A Baird le correspondieron cerca de 24 mil libras (exactamente: 23.990 con cinco chelines y nueve peniques); a Beresford más de once mil a Popham siete mil. Cada uno pudo comprarse una casa con su parte en la “buena presa”.

### Buenos Aires bajo el dominio inglés.

El pueblo recibió con estupor y silencio la ocupación extranjera. Por las calles desiertas pocos transitaban; apenas si los proveedores —ahora mudos— de agua y carne. Sin embargo, la ciudad “estaría con los ingleses” le había dicho Miranda a Popham, informado Wayn en la ciudad del Cabo y confirmado White y O’Gormann. Era cierto, pero en parte. Los oficiales alojados en casas “principales” recibieron un trato amistoso; las mercaderías inglesas se agotaban en la calle de las tiendas: Mariquita Sánchez de Velazco, casada desde el año anterior con el capitán del puerto Martín Jacobo Thompson, se mostrará entusiasmada con los ingleses que han traído jabones “de olor”.

Beresford quiere cumplir las instrucciones de Baird. Nada de *independencia* a lo Popham o Miranda. Ordena un juramento de lealtad a Su Majestad Británica que prestarían obligatoriamente los empleados civiles, eclesiásticos y

militares, y voluntariamente el pueblo. En esos momentos el brigadier vive la embriaguez de su triunfo: el 16 de julio escribe a Castlereagh, que “la satisfacción del pueblo va creciendo día a día”, y la atribuye al juramento de lealtad del clero. Pues en el gran salón del trono de la Fortaleza, donde un retrato de Jorge III con casaca encarnada ha sustituido el de Carlos IV con chupona azul que colgaba días antes, el clero con el obispo a la cabeza han jurado al nuevo soberano; sólo está ausente el superior de los *betleheimitas* del Hospital que ha preferido la cesantía a negar a su rey.

El prior de los dominicos —fray Gregorio Torres— además de jurar pasaría una deplorable carta: “La pérdida del gobierno en que se ha formado un pueblo puede ser... muchas veces el principio de su gloria... La suavidad del gobierno inglés y la sublimes cualidades de V.E. (Beresford) hacen esperarlo... La religión nos manda respetar las autoridades seculares y nos prohíbe maquinarse contra ellas, sea la que fuere su fe, y si algún fanático o ignorante atentase temerariamente contra verdades tan provechosas, merecerá la pena de *los traidores a la Patria y al Evangelio*”.

Después presta juramento el cabildo en pleno, los funcionarios y los oficiales de las tropas veteranas. También el consulado, notándose la ausencia de su secretario Manuel Belgrano que ha preferido irse a su estancia de Mercedes, Banda Oriental. No acude la audiencia, por entender que sus funciones emanan del rey de España, y no puede prestar juramento a otro; no se reunirá durante la ocupación británica a distribuir justicia invocando un nombre que no es el de Carlos IV. Fallan los “voluntarios”, pues sólo acuden cuarenta y ocho “comerciantes que hablaban inglés —asegura Popham—, habían hecho negocios con nosotros bajo colores neutrales, e iban por la cuenta que les tenía, pidiendo que sus nombres se mantuvieran ocultos para evitar represalias”.

Sin embargo, no todo era conformismo. El mayor Gillespie, que como en la posada de los *Tres Reyes*, ve la indignación de la muchacha obligada a servirle, que finalmente se descarga en una mesa de nativos: “Desearía, caballeros, que nos hubiesen informado de sus cobardes intenciones de rendir Buenos Aires... de haberlo sabido, nosotras las mujeres nos habríamos levantado unánimemente y rechazado a los invasores a pedradas”. Los esclavos se muestran altaneros, y motivaron el único decreto enérgico de Beresford: “los negros y mulatos esclavos” deberán obedecer a sus amos bajo severas penas.

El optimismo de Beresford decrece. Popham cree prudente, al enviar el *Narcissus* con los caudales a Londres a mediados de julio, pedir refuerzos. Mil quinientos hombres eran pocos para resistir la doble acometida que preparaban el virrey desde *Cruz Alta*, donde reunía las milicias y tropas regladas del interior, y el gobernador de Montevideo con el grueso del *Fijo* y los *dragones*. Quizá, lo de menos eran las fuerzas militares; había otra cosa que se notaba en el ambiente pese a los juramentos de fidelidad de los eclesiásticos y la adhesión de la *respectable class* de tenderos más o menos contrabandistas. Hasta sus soldados se contagiaban: algunos irlandeses católicos habían desertado, y un alemán, también católico, que integraba el regimiento escocés, se había ido para no volver más (lo encontrarían en *Perdriel* entre los criollos, y sería fusilado). Aquello parecía un polvorín próximo a estallar. Popham reprochaba a Beresford su “condescendencia”; sus cartas al brigadier demuestran que hubiese preferido poner a sacos la población, embarcarse con el botín y despedirse con un bombardeo a la ciudad mal agradecida.

Beresford acuartela las tropas a fines de julio: nada de licencias pagadas al precio de desertiones. Las concentra: 400 en el Fuerte, 30 en cada uno de los “puestos” del *Piquete* (Rivadavia y 25 de Mayo), Cabildo, el Retiro y el Bajo; el resto en la Ranchería, improvisada cuartel. Harían diarios ejercicios en la plaza mayor, y rondas nocturnas por la ciudad que empezaba a encrespase. Para confundir sobre su número, pide doble ración de alimentos y hace correr la voz que la mayor parte permanece a bordo.

## La noticia en Inglaterra.

Los despachos de Popham desde el Cabo y Santa Helena sobre sus propósitos contra Buenos Aires, llegaron a Inglaterra después del 24 de junio. Ya no estaba Melville en el Almirantazgo, y el nuevo gabinete era más cuidadoso de las formas que el presidido por el difunto Pitt. No vio en el primer momento, en la actitud del comodoro, un entusiasmo patriótico ni una conveniencia mercantil, sino una falta de disciplina. Popham será relevado el 18 de julio por el almirante Sterling. Pero el 13 de septiembre llega la noticia de la toma de Buenos Aires; la cosa no había sido tan aventurada como se había supuesto y los lores del Almirantazgo convienen en revisar su decisión. El primer ministro, lord Grenville, es informado que “aun cuando el almirantazgo había juzgado necesario señalar su disconformidad de que una medida de semejante importancia (la toma de Buenos Aires) se hubiera tomado fuera de la orden del gobierno de Su Majestad... debe, sin embargo, expresar la entera aprobación a esta juiciosa, hábil y espiritual conducta (*judicious, able and spirited conduct*), como también a los oficiales y hombres de mar empleados” (*Admiralty* 1/58, 25 sept. 1806).

El entusiasmo de los comerciantes y productores ingleses fue grande. “Cuando las nuevas de este éxito llegaron, las fuertes objeciones fueron ahogadas en el regocijo universal por el afortunado resultado de la operación” informa el *Annual Register* de 1806. Lord Grenville, en el primer momento, había tenido dudas sobre la conveniencia militar de mantener Buenos Aires, pero la mayoría de su gabinete se vio arrastrado por los “intereses mercantiles y manufactureros del partido” (dice un comentarista) y “pese a los desastrosos efectos de la política de Pitt, acabó por recibir las noticias del Río de la Plata como una señal de que llegaban tiempos nuevos y venturosos”.

Se les fue la mano. Pensarían nada menos que en la conquista de toda la América española. Windham, el secretario de Guerra, propuso que además de mandar refuerzos a Beresford (ya solicitados por éste y Popham), un ejército se apoderase de Chile, y dos expediciones irían contra Méjico que por un movimiento de pinzas caería en manos británicas. Todo les parecía fácil y risueño, ya que 1.500 hombres habían hecho flamear la *Union Jack* en lo alto del

Fuerte de Buenos Aires. El 11 de octubre el brigadier sir Samuel Auchmuty se da a la vela con 4.000 hombres destinados a Buenos Aires; el 10 de noviembre sale el general Craufurd con otros tantos para Chile. Se dictan leyes con efecto retroactivo que anulan los privilegios de la *Compañía del Mar del Sur* y prepara el próximo “imperio británico” fundado en la libertad de comercio.

### La resistencia.

Un catalán, José Fornaguera, será el primero en planear la reconquista al día siguiente de la entrada de los ingleses. Su plan es tremendo: entrará una noche con un grupo de conjurados a La Ranchería y pasará a cuchillo a los ingleses, mientras otros grupos harán lo mismo en los “puestos”. Los de Beresford en la Fortaleza no tendrán más remedio que rendirse. Martín de Alzaga, el fuerte comerciante español, oye con seriedad el plan de Fornaguera y acepta financiarlo. Habría que buscar 700 u 800 voluntarios de buenos cuchillos y nervios templados. Otros dos catalanes —Felipe Sentenach y Gerardo Esteve y Llach— mejoran el proyecto: deberían traerse 1.000 veteranos de Montevideo aprovechando un tiempo de bajamar en que los pesados navíos ingleses no pudieran acercarse a la ribera; con cañoneras destacadas desde Montevideo bombardear la Fortaleza; volar con minas las defensas de ésta y el cuartel de la Ranchería; concentrar cerca de Olivos (donde desembarcarían los de Montevideo) 500 hombres decididos para auxiliar la marcha; formar un “ejército invisible” dentro de la ciudad que ayudase la múltiple acción.

Alzaga se pone a la cabeza de los trabajos. Pese a las órdenes de Beresford, no todas las armas de fuego han sido entregadas, y una comisión se encarga de recogerlas y depositarlas en casa del comerciante Santos Incháurregui. Se alquila una quinta en *Perdiel*, cerca de Olivos, para instruir a la gente, pagándoles un jornal de 4 y medio reales por el trabajo perdido; se alquilan casas cerca de La Ranchería y frente al Fuerte, donde se inician las excavaciones de las minas; se reclutan los voluntarios para el “ejército invisible” por un sistema de células: cada conjurado reúne a cinco, y éstos a otros cinco. Era necesario trabajar así porque Beresford contaba con delatores. “Bajo la nariz de Beresford —dirá Ferns— se organizan guerrillas urbanas, valiéndose de las disposiciones de las casas de Buenos Aires, con sus azoteas y calles rectas, para hacer de cada una de ellas una fortaleza”. A las reuniones con Alzaga y Sentenach concurren Juan Martín de Pueyrredón y Santiago Liniers. El primero, joven de fortuna y resuelto, se había ido a Montevideo después de la toma de Buenos Aires a hablar con Ruiz Huidobro, quien el aconsejó “formar guerrillas” con los peones y vecinos de su quinta en San Isidro: lo habían empezado a hacer, independientes de las reunidas en *Perdiel*. Estos gauchos sin uniforme, sin armas de fuego, sin instrucción, pero decididos y valerosos, serán los “húsares de Pueyrredón”.

### Liniers.

El otro acababa de llegar de Ensenada, donde era comandante del fuerte. Era un francés de 53 años (“¡algo tarde para desposarse con la gloria!” comenta Groussac) que tenía el grado de capitán de navío, y tras una existencia azarosa estaba anclado en el río de la Plata.

*Santiago Liniers y Bremond* había nacido en Niort, en la Vendée, en 1753. Hizo sus estudios en Malta, donde fue caballero de la “Orden Soberana”. En 1775 se incorporó a la flota española en guerra contra los argelinos, que después de una infausta acción formarán el grueso traído por Cevallos al Río de la Plata. Con Cevallos llegó Liniers a América, y combatió en Santa Catalina y Colonia. Después volverá a Europa: incorporado definitivamente a la marina española toma parte en la guerra contra los ingleses de 1781, y su comportamiento en la toma de Mahon le vale el ascenso a teniente; en 1788 es destinado nuevamente al Río de la Plata, de donde no saldrá más. Se casa en segundas nupcias con la hija del acaudalado comerciante Martín de Sarratea, gerente de la Compañía de Filipinas, y vegeta oscuramente en el servicio activo como comandante de la flotilla del río. Durante un breve intervalo será gobernador de Misiones (1802-1804), luego vuelve a la escuadrilla fluvial. Sobremonte lo acababa de hacer jefe del fortín de Ensenada.

Fuera de unos tiros intercambiados en Ensenada al anochecer del 24, no había luchado contra los invasores. Quedó traspapelado en su fortín, mientras Beresford ocupaba Buenos Aires. La capitulación no le comprende (porque no es español ni nacido en la tierra) y gestiona de la influyente Anita Perichon, la mujer de O’Gormann, un pasaporte para venir a Buenos Aires “a ver a su familia”. Está en Buenos Aires la noche del viernes 29, dos días después de la rendición. Según dirá luego, no tuvo intenciones de conspirar, hasta que una situación de carácter religioso lo decidió.

El domingo 1 de julio ha ido, como todas las fiestas de guardar, a la misa mayor de Santo Domingo. Era devoto, como buen *vendeano*, de la Virgen del Rosario. Con pesadumbre no ve expuesto al Santísimo Sacramento y atribulado oye cantar la misa sin manifiesto. Supone esa “frialdad y decadencia” por la toma de la ciudad, y hace voto a la Virgen del Rosario de cooperar a su rescate.

Se pone en contacto con Alzaga y participa de sus planes. Se le encomienda ir a Montevideo a informar los trabajos y cooperar con Ruiz Huidobro. Al anochecer del lunes 9 toma un lanchón en el Tigre y por los riachos del delta (el camino obligado para no topar con ingleses) llega a Colonia. El 16 está en Montevideo; la “junta de guerra” reunida por Huidobro había resuelto el 11 de julio poner la mayor parte de las fuerzas veteranas en Colonia para cruzar a la banda occidental; Montevideo no corría peligro por lo exiguo de los invasores que apenas bastaban a mantener Buenos Aires. El plan había sido tomado de acuerdo con Alzaga y Sentenach: ir con cañoneras ligeras contra los navíos ingleses, pesados y de difícil maniobra en el río, mientras fuerzas veteranas al mando de Ruiz Huidobro desembarcarían en Olivos y atacarían por tierra. Pero el 18 les cae a los montevidianos un balde de agua fría: reciben un oficio de Sobremonte, fechado el 1 en Cañada de la Cruz, que ordena mandar la tropa veterana a Cruz Alta en Córdoba, donde el

virrey concentraría las fuerzas reconquistadoras. Obedecer sería el fracaso del plan; desobedecer al virrey era gravísimo. Pero Liniers está allí, y se encuentra la solución: darle 500 hombres elegidos (que el capitán de navío cree suficientes) con sus municiones y medios de transporte a Olivos, que a su juicio bastarían para batir a los ingleses con la cooperación de lo preparado en Buenos Aires por Alzaga. Así no habría “expedición oficial”; sólo una *aventura* que dejaría a salvo la subordinación de Ruiz Huidobro. Se acepta con alborozo, Ruiz Huidobro el primero, contento de no agravar con el cruce del río “una enfermedad de cuatro meses” que padecía.

### La expedición.

Liniers revista las tropas: 370 veteranos (250 *dragones*, 50 *blandengues* porteños, 70 *granaderos*) y 250 milicianos (150 de las *milicias* montevidéanas y 100 *miñones* catalanes, mandados por Bofarull). En total 620, algunos más de los pedidos.

Los *miñones* (también llamados “migueletes”) eran un cuerpo ligero aragonés. Los catalanes de Bofarull tomaron el nombre como símbolo de juventud y alegría.

Con ellos sale Liniers de Montevideo. En Colonia se le agregan una compañía de artilleros (comandante Agustini), y dos de milicias de caballería de Colonia. Ya son 900 (528 veteranos y 372 milicianos). Todavía se sumarán 73 marineros del corsario *El Dromedario* de Mordeille y 300 de la escuadrilla fluvial mandada por Juan Gutiérrez de la Concha que llegaron desde el delta. Mil trescientos en total; más que suficientes para hacer de chispa en el polvorín preparado por Alzaga en Buenos Aires.

El 31 de julio está Liniers en Colonia, donde también —gracias a una tremenda sudestada que inmoviliza a los buques ingleses— se encuentra la escuadrilla de lanchones y balleneras que habrían de transportarlo con los suyos.

### La “sudestada”.

La gran condición de Liniers, quizá su sola virtud profesional, era ser un práctico del río: dieciocho años llevaba navegándolo y conocía todos sus canales, bancos, corrientes y tormentas. Popham era un excelente marino y los ingleses a su mando los mejores marineros del mundo; pero Liniers demostró ser un baqueano del Plata que era lo que importaba en ese momento. Poco antes de llegar a Colonia ha empezado a soplar viento sudeste, y Liniers sabe lo que es una *sudestada* de invierno en el río: un temporal de varios días, viento que sopla con furia contra la corriente, olas que rompen. Popham habría navegado todos los mares, y tomado o corrido tormentos mayores; pero en ninguna parte encontrado la pertinacia de la *sudestada* rioplatense que no puede navegar ningún profano del río por buen marino que fuese. Mientras soplase el sudeste, el inglés no osaría levar anclas. Popham, sabedor —¡y cuándo no!— de los planes de la junta de guerra montevidéana, había bloqueado Colonia para no dejar salir un balandro. Liniers esperó que la *sudestada* llegase al máximo (lo que ocurrió a los cinco días) para filtrarse impunemente la noche del 3 de agosto entre los anclados navíos del comodoro inglés.

### En Buenos Aires. Perdriel (1 de agosto).

Mientras tanto Sentenach y los suyos cavan las minas, que no hubo necesidad de usar porque las cosas se precipitaron, y Alzaga adiestra el “ejército invisible” en la impunidad de las casas alquiladas a ese objeto. Beresford es informado por un comisario de apellido González, de las reuniones de Perdriel, donde habían sido llevadas las armas que estaban en la casa de Incháurregui. Manda una columna a desbaratarlas e incautarse del armamento. Una pequeña parte (apenas ochenta y tres) hacen frente con coraje; los acompaña Pueyrredón con sus “húsares”, venido gallardamente de San Isidro al oír los primeros tiros. Aunque el triunfo corresponde en definitiva a la columna inglesa, ésta tendrá 20 muertos y 10 heridos contra 3 muertos y 4 heridos de los vencidos, lo que era un precio excesivo para apoderarse de unos cañoncitos y fusiles y hacer cinco prisioneros.

### La reconquista.

La *sudestada* llegó a su máximo la tarde del 3. Liniers ordenó el embarque: la tormenta era tan fuerte que cinco lanchas cañoneras se fueron a pique. Los navíos ingleses están anclados impotentes, frente a Colonia; la flotilla se cuele entre ellos sin que la tormenta los dejase percibir; hubo uno que extraviado el rumbo, y temeroso del oleaje, ancló en la oscuridad cerca de la isla San Gabriel y al salir la luna se encontró a metros de una fragata enemiga, Liniers sabe por dónde tomar y cómo conducir: hace lentamente el cruce la noche del 3 y el día y la noche del 4. La furia de las olas no permitirá el desembarco en Olivos como se había convenido, y debe internarse en el Luján para tomar tierra en el riacho Las Conchas a la altura de Tigre. Es la madrugada del 5. De allí va a San Isidro, donde acampa por la tarde entre las aclamaciones del pueblo. La tormenta sigue con violencia y por lo tanto no puede esperar el bombardeo de las cañoneras que debieron quedar en Colonia (cinco se habían ido a pique). Los dos días siguientes los pasa Liniers inmovilizado; se le incorporan los dispersos de Perdriel, los húsares de Pueyrredón y muchos voluntarios. El 8 reanuda la marcha; la tarde del 9 está en la Chacarita de los Colegiales; el 10 en los corrales de Miserere; de allí manda a su ayudante, Hilarión de la Quintana, con una intimación a Beresford.

El general inglés al saber el desembarco ha reunido al consejo de sus oficiales. Propone salir al campo a batir a Liniers, donde la superioridad de sus fuerzas y armas le daban ventaja, pero la tormenta dificultaría llevar los cañones y el plan se desechó. Sólo quedaba resistir en la ciudad, donde las posibilidades estaban de parte de los nativos. Se resuelve que 200 hombres cuiden el “parque” en Retiro, 300 cubran la plaza Mayor, se erice dos cañones la Recoba Vieja, la Nueva (calle Hipólito Yrigoyen) y los portales del Cabildo. Si eran desalojados harían resistencia en la Fortaleza. Era un plan desesperado, pero el único posible.

Hilarión de la Quintana llega el 10 a las 11 de la mañana al Fuerte con la intimación a Beresford “que debería contestar *dentro de quince minutos*”. Como el general inglés no pudo atenderlo en ese plazo, Quintana se retiró sin entregar la intimación. Pero Liniers lo hizo volver a las 4 de la tarde: entregó la intimación y Beresford respondió “que resistiría mientras se lo aconsejase la prudencia”.

Ya Liniers tenía más de 3.000 hombres; entre ellos los reunidos por Alzaga que eran 600, perfectamente armados. Han llegado gentes de las orillas, a caballo o a pie, armados de viejos trabucos o de chuzas improvisadas; hasta niños, destinados a servicios auxiliares (con ellos Juan Manuel de Rosas, de 13 años, enviado para servir un cañón). Con ese ejército va al Retiro donde está el “parque” con armas y municiones; es una marcha difícil por caminos imposibilitados por la lluvia, pero los orilleros —hombres y mujeres— ayudaron a empujar los cañones. Al llegar al Retiro al anochecer del 10, los *miñones* de Bofarull cargaron entusiasmados a la bayoneta “a paso de carrera” y desalojan a los 200 ingleses.

El 11 prepara Liniers la jornada decisiva. Monta los cañones y dispone la defensa contra la escuadra enemiga, hasta ese momento, inmovilizada frente a Colonia, pero no podía llegar apenas el sudeste amainara. Una compañía del Fijo, donde está el joven salteño Martín Miguel de Guemes, futuro caudillo de su provincia, toma una cañonera inglesa varada en el río.

El primitivo plan de atacar con cañoneras al Fuerte no pudo cumplirse debido a que la tormenta y el fuerte oleaje dificultaban las maniobras.

Se fija el mediodía del 12 para el ataque a la plaza Mayor. La columna de la izquierda al mando de Liniers entraría por la calle San Martín (desde entonces llamada de la *Reconquista*), la del centro mandada por Gutiérrez de la Concha por Santísima Trinidad (la actual San Martín), en la derecha, por la calle “del Correo” o San Pedro (Florida) iría el grueso con el coronel de dragones Agustín de Pinedo, que se dividiría en fracciones al llegar a la calle de *las Torres* (Rivadavia) y atacaría la plaza por las bocacalles del oeste. Un incidente precipita la operación: los arriesgados *miñones* se adelantan a observar por la calle de la Santísima Trinidad y se trenzan con una partida de ingleses. Piden ayuda y van los hombres de Sentenach; vienen a su vez más ingleses en socorro de los suyos. Un momento después se está en plena batalla. Por cinco calles (25 de Mayo, Reconquista, San Martín, Rivadavia e Hipólito Yrigoyen) la plaza es atacada simultáneamente por Liniers, mientras el ejército “invisible” establece cantones en las casas alquiladas junto a la Ranchería y frente a la Fortaleza. Los primeros ingleses en ceder serán los del pórtico de la Catedral; los seguirán los de la Recoba Nueva. Desde el arco central de la Recoba Vieja, donde ha tomado posiciones el 71º, Beresford, espada en mano y en cabeza, dirige el combate. Liniers llega por Reconquista atravesado el uniforme por tres balazos; a su lado cae su ayudante, Fantín. Una multitud vociferante y desordenada llena la plaza: ¿tres mil? ¿tres mil quinientos? No se sabrá con precisión; hay uniformados, milicianos sin uniforme, gentes del pueblo, mujeres, niños; muchos desarmados, otros con fusiles que no se sabe dónde encontraron. Algunos, que no pierden la disciplina en el tumulto, emplazan cañones; los más se lanzan a la carrera contra la Recoba Vieja para caer por los tiros de los ingleses. Si consiguen alcanzar algún invasor lo despenan con las manos.

Aquí ocurre el episodio de *Manuela Pedraza*, “la tucumana” (así la llama Liniers), mujer de un cabo de la asamblea: entró a la plaza con su marido, mató con sus manos al primer inglés que tuvo al alcance, y apoderándose de su fusil siguió la lucha entre los “tiradores”. Liniers la recomendó al rey, y Carlos IV la hizo subteniente de infantería con uso de uniforme y goce de sueldo.

Beresford, que se ve tiroteado de todas partes, ordena el repliegue con el clásico gesto de cruzar la espada sobre el brazo izquierdo. Los sobrevivientes del 71º entran a la Fortaleza; el último en hacerlo será el gallardo brigadier, levantándose enseguida el puente levadizo. La muchedumbre se aglomera contra las murallas; los sirvientes de cañones y obuses los emplazan en la Recoba Vieja, y los artilleros disparan; los corsarios de Mordeille traen escalas que apoyan e la muralla para tomar el edificio al abordaje. En lo alto del mástil se iza una bandera de parlamento, pero pocos entienden su significado. Liniers —que está junto al Cabildo— destaca a Quintana a hablar con Beresford; el edecán debe abrirse camino entre la multitud con la bandera blanca en la mano y un soldado que toca el tambor. Se baja el puente levadizo para que entre el parlamentario; la muchedumbre intenta precipitarse por él, costando esfuerzos —y tiros— contenerla. Beresford propone retirarse con la tropa a los buques; pero Quintana exige la rendición “a discreción” que el inglés no tiene más remedio que aceptar: irá con Quintana a disponer con Liniers la salida de la tropa. Como los disparos de obuses siguen, y algunos corsarios suben por las escalas, Quintana se asoma a la muralla a imponerse. Beresford ordena arriar la bandera inglesa e iza la española en lo alto del mástil de la Fortaleza. Una aclamación la saluda.

Sale Beresford acompañado de Quintana y Mordeille (que había subido por la escala): “¡Pena de la vida al que insulte al general inglés!”. La multitud le abre camino; una tensa expectación ha sucedido al griterío. Beresford, descubierta la cabeza y sin espada (la ha entregado a Mordeille), llega ante Liniers que lo espera bajo un arco del

cabildo. El Reconquistador se adelanta y abraza al brigadier enemigo; en francés lo saluda por su valerosa defensa; también le devuelve la espada. Le dice que los ingleses debido a su valentía saldrán del Fuerte “con todos los honores” yendo a depositar las armas frente al cabildo. Beresford quedará prisionero para ser canjeado por le virrey del Perú, a quien se supone en poder de los ingleses; los oficiales y la tropa, hasta nueva disposición, estarían en libertad bajo palabra. Beresford vuelve a la Fortaleza, y sale con los oficiales, los sobrevivientes del 71º y el batallón Santa Helena con sus banderas y guiones desplegados y al compás de los redobles de sus tambores. Pasan entre una doble calle silenciosa y dejan las banderas y las armas a los pies de Liniers.

En la plaza hay tendido cuatrocientos ingleses entre muertos y heridos, y un número aproximado o superior de criollos. Son las tres de la tarde del 12 de agosto de 1806.

### 3. BUENOS AIRES DEPONE AL VIRREY

#### El “Congreso” del 14 de agosto y la irrupción popular.

Toda la tarde y la noche del 12, y el 13 y el 14, el pueblo festejará la victoria. Hay excesos: los *miñones* de Bofarull asaltan el *Real Estanco de Tabacos* por su poner que ocultaba plata de los ingleses (Beresford había nombrado administrador a O’Gormann); hubo tropelías en las casas de White, Azcuénaga y O’Gormann acusados de simpatizar con los invasores. Liniers debió emplearse a fondo para cuidar el orden en la ciudad alborozada. Se hizo respetar; tenía en esos momentos el prestigio de un héroe: su sencillez, su fisonomía abierta y simpática, y sobre todo el halo que el daba la victoria, hicieron del casi desconocido capitán de navío Santiago Liniers, de la Orden de San Juan de Malta, el dueño efectivo de Buenos Aires.

Para tratar los problemas emergentes del triunfo: organización de una defensa efectiva, gratificación a las tropas orientales, indemnización a las familias de los caídos, festejos religiosos, etc., los cabildantes invitan el 13 a un *Congreso General* a realizarse el 14 a la mañana en el salón del Cabildo, “sin etiqueta de asientos por haber de concurrir como hijos de un mismo Padre, el Rey, y hermanos de una misma causa”, a las autoridades y vecinos más espectables: a) *eclesiásticos*: al obispo, canónigos del cabildo eclesiástico y preladados de las órdenes religiosas; b) *administrativos*: los oidores, altos funcionarios reales, regidores del cabildo secular y consiliarios del consulado; c) *militares*: oficiales de tropas veteranas; d) *vecinos*: principales comerciantes y propietarios; e) *profesiones liberales*: a los “profesores” de derecho y medicina con estudio o consultorio abierto.

*La Audiencia* no quiso asistir al “Congreso” por entender que en ausencia del virrey le correspondía la iniciativa de la invitación. Pero la actitud enérgica del fiscal del Consejo Supremo de Indias, José de Gorbea y Vadillo, de paso en Buenos Aires, les obligó a modificar su actitud: no era el momento de andarse en protocolos.

El congreso se reunió a la hora once. Lo componían 98 personas: 6 clérigos, 14 funcionarios reales, 13 entre regidores, alcaldes y consiliarios, 8 oficiales militares, 46 comerciantes y propietarios, 11 “profesores”. La clase principal estaba en mayoría, pero los nativos criollos no pasaban de 20.

Previo un desagravio a un cuadro de Carlos III que se encontró en la Fortaleza rasgado, se entró a deliberar. Hubo aprobación unánime a un *te-deum* agradeciendo la victoria, a informar de ella al rey y al virrey, dotar a las hijas solteras y pensar a las viudas de los caídos, inventariar las provisiones y municiones ante la posibilidad de un bloqueo por la escuadra de Popham, y disponer la inmediata organización de la milicia urbana.

En ese momento la muchedumbre —se calculaba en 4.000— que festejaba ruidosamente en la plaza desde dos días atrás el “triunfo argentino”, se lanzó contra el Cabildo a los gritos *¡Viva el Rey! ¡Mueran los traidores!* Entraron por su puerta abierta y subieron la gran escalera, “por imprevisión no custodiada” se lamentará el cabildo después, para golpear las puertas del salón donde estaba reunido el congreso. A su frente fueron señalados Juan José Paso (abogado que no “profesaba” el derecho por no ejercer ante la Audiencia), Joaquín Campana (en la misma situación), Juan Martín de Pueyrredón y Manuel José de Labardén, que pedían la deposición del virrey del mando de las tropas, y su reemplazo por el Sr. Santiago Liniers”. Es que había corrido la noticia de encontrarse Sobremonte al llegar.

El desdichado virrey, imagen del infortunio inconsciente, había organizado su pequeña “reconquista” con las milicias que pudo reunir en Córdoba. Pero acababan de ganarle de mano. Después de dejar a sus familiares Córdoba a seguro —donde su prestigio era (y sigue) grande— ordenó la concentración de las milicias y tropas regladas de Cuyo y Paraguay en Cruz Alta, cerca de los límites de Santa Fe, lugar que le pareció alejado de los ingleses. Desde Córdoba se puso en camino con 1.500 cordobeses dirigidos por el coronel José Allende. Escribió a Ruiz Huidobro, por varias veces, que uniese las tropas de Montevideo a las suyas. Al enterarse que se tramitaba en Montevideo la expedición, reiteró la orden (ya hemos visto que motivaría indirectamente la jefatura de Liniers). El 2 de agosto, en vísperas del cruce del río por Liniers, escribe todavía a Ruiz Huidobro desde Río Segundo informándole encontrarse en marcha sin esperar los 800 hombres que “caminaban” desde Mendoza y 650 esperados de Paraguay. El 7 de agosto desde Los Desmochados (junto a la actual ciudad de Casilda, en Santa Fe) se quejó de tramarse algo sin su anuencia para “poner este negocio (la reconquista) en peor condición, más altivos los enemigos y más expuesto todo el territorio”. El 16 ha sabido que se le adelantaron, y escribe a Liniers desde Acevedo (junto a San Nicolás) agradeciéndole “tan arriesgada acción que recomendará a la Real piedad sin perder un momento”. Pero ¿Quién lo recomendaría a él?

Se hace eco de la irrupción popular el alcalde de 1er voto Francisco de Lezica, que pregunta al congreso si “estando por llegar a Buenos Aires el señor marqués de Sobremonte se le debía admitir o no en el mando de las fuerzas, pues le constaba que la tropa y el pueblo no se confiarían”. Contestan los letrados que por “la ley 3ª, título 3º del Libro III de la Recopilación de Indias” la capitanía general de las tropas pertenecía a los virreyes, pero se podía hacer coincidir los deseos del pueblo “declarados a favor del Sr. Don Santiago Liniers” con el rigor de las leyes “nombrándole de su

Teniente el Excelentísimo Señor Virrey, que era de esperar condescendiese a sus súplicas”. Así se resuelve, nombrándose al fiscal del Supremo, Gorbea, al regente de la Audiencia, Muñoz y Cubero, y al síndico procurador del cabildo, Benito de Iglesia, para ir a Pergamino o San Nicolás y explicarle el problema a Sobremonte.

No hubo estrictamente *revolución* el 14 de agosto, orillándose por una gestión diplomática para dejar a salvo “el rigor de las leyes” con la “voluntad del pueblo”. Ya vendrá el 10 de febrero del año siguiente.

En carta al Príncipe de la Paz, del 25 de agosto, Sobremonte explica lo ocurrido en Buenos Aires por “Joaquín Campana y dos o tres de su misma facultad, mozuelos despreciables que le siguieron, (que) intentaron probar que el pueblo tenía autoridad para elegir quien le mandase a pretexto de su defensa”.

### Liniers al mando de las tropas.

Los comisionados llegan hasta Luján. Como más allá el temporal ha hecho dificultoso el tránsito en carruaje, pasados cuatro días resuelven el 18 hacer llegar a Sobremonte con un chasque a caballo la resolución del congreso, acompañada de una carta rogándole que no entrase por el momento en la ciudad. Sobremonte recibe los pliegos al día siguiente —19— en la *posta de Fontezuelas* (cerca de Pergamino) y contestará con arrogancia que “no había autoridad fuera del Rey, capaz de dividir o disminuir el mando superior de Virrey, Gobernador y Capitán General”. Por las dudas escribe al cabildo, al obispo, a la audiencia y a Liniers preguntando “lo que hayan observado”, y pide informes sobre las “providencias tomadas para contener la tropa y al pueblo... que traerán perniciosísimas consecuencias, escándalo, trastorno y mal ejemplo”. El cabildo le contestará disculpándose por el voto del congreso, “por no haber puesto una guardia en la escalera... el pueblo había hecho irrupción en las salas capitulares... sin otra idea que gozar en todo su lleno de la libertad, quietud y sosiego tácitos de la victoria, de su lealtad y amor al Rey y celo de su Religión”; el obispo le dice que no hubo intención de agraviarlo y sólo un premio a Liniers “por su acertada dirección, valor y pericia de lo que ha dado gloriosas pruebas”; la audiencia descarta “la voluntad clamorosa o llámese impropriamente resolución del pueblo... que no ha tenido efecto alguno porque el mando político en lo urgente y diario ha estado y está en manos del Sr. Regente a quien por ausencia de V.E. le corresponde, y si el Sr. Liniers tiene al suyo el mando militar, no es en virtud del nombramiento del pueblo sino como jefe de la de la expedición que le confió el Sr. Gobernador de Montevideo”; termina aconsejándole delegar el gobierno “...hasta que el vulgo vaya desimpresionándose de muchas ideas en que se halla imbuido por la malicia o por la ignorancia”. Liniers le contesta que estaría dispuesto, por su parte, a no aceptar el mando por lo “sensible que era a los desacatos de un pueblo desenfrenado”, pero las circunstancias eran difíciles y esperaba que después de un tiempo “todo volvería en su debido orden a la sumisión y respeto a la investidura de V.E.”.

Sobremonte se convence. El 28 de agosto, desde San Nicolás, delega el mando político en el regente de la audiencia y el militar en Liniers “mientras objetos de mejor servicio lo tuviesen alejado de la capital”. Quedó un mes en San Nicolás a la espera de calmarse la efervescencia, pero como su impopularidad se mantenía imbatible el 23 de septiembre se embarca en San Fernando para la Banda Oriental; informando a Madrid hacerlo “después de haber dado las disposiciones convenientes para la defensa de la ciudad”.

### Incidente de la “capitulación” de Beresford. Internación de prisioneros.

Hacia el 29 de agosto, corren copias manuscritas de una “capitulación” que Liniers habría firmado a Beresford el día de la reconquista, con la promesa de embarcar a Inglaterra a los oficiales prisioneros. Esto, y el hecho de mantenerse Popham en el río en actitud amenazadora, mueven a un pedido de explicaciones. Existía sólo un documento a favor dado a ruego de Beresford “para hacerlo valer en su Corte”; la ingenuidad y bonhomía del Reconquistador le habían hecho firmar el 17 una *falsa capitulación* antedatada, bajo palabra de honor del general inglés de servirse de ella al juzgarse su conducta en consejo de guerra.

La diversidad de tratamiento entre la oficialidad, que se remitiría a Inglaterra “previa palabra de honor de no tomar armas contra el rey de España”, y la tropa que permanecería prisionera o internada, era consecuencia de las costumbres de la época: un oficial podía dar “palabra de honor” un soldado no y por lo tanto debería quedar prisionero.

Liniers explicó al cabildo la burla a su buena fe, pero caballerescamente pidió se cumpliera lo convenido “en cuanto se pueda”. Se resolvió mantener a los oficiales a recaudo en el cabildo de Luján hasta que llegase el momento de embarcarlos a Inglaterra, mientras los soldados, suboficiales y sus familias serían internados.

La tropa, en número de 1.135 hombres, y además 41 mujeres y 26 niños, fueron repartidos en Córdoba, Tucumán, Santiago del Estero, La Carlota, San Luis, San Juan y Mendoza. Algunos huyeron, incorporándose a Whitelocke en la segunda invasión, pero los más se radicaron definitivamente en el país. Hubo quien, como Campbell, desempeñaría un papel importante en las guerras civiles; otros integraron como Cazadores ingleses los ejércitos de la independencia.

### Organización de las fuerzas milicianas.

Se sabía, desde antes de la Reconquista, que Popham había pedido auxilio al Cabo y a Inglaterra que suponíanse llegarían en octubre. La permanencia de la escuadra inglesa en la boca del río decía que las cosas no estaban terminadas. De allí la preocupación fundamental de Liniers —convertido en dictador sin “real acuerdo”, y con

residencia en el Fuerte par que todos lo supieran— en organizar la defensa. No faltaron apoyos: hasta los indios se ofrecieron por medio del cacique *Catemilla* a formar cuerpos de caballería.

Conforme a la *ley de milicias*, todos los vecinos y los extranjeros con más de cuatro años de residencia o casados y con bienes en el país, podían ser convocados a la milicia. Pero la disposición era letra muerta en el Río de la Plata, pues ni los *patricios* ni los *urbanos* “del comercio” hacían *alardes* ni ejercicios dominicales. Empezó Liniers, ahora *Teniente-General del Virreinato*, por proclamar el 5 de septiembre a los *del comercio* por su actitud el 12 de agosto: los “intrépidos” catalanes, los “valientes” asturianos y gallegos, los “temibles” castellanos, los “audaces” andaluces y “fieles” aragoneses, y no enumeró otras regiones españolas por acabársele los adjetivos. El 9 los invitó a la plaza de la Fortaleza en días y horas señalados (los catalanes el 10, los vizcaínos y cántabros el 11, los gallegos y asturianos el 12, los demás el 13) a todos los *urbanos* y *del comercio* “a fin de arreglar los batallones y compañías, nombrando a los comandantes y a sus segundos, los capitanes y sus tenientes, a voluntad de los cuerpos”. La orden prevenía que ningún hombre en estado de llevar las armas entre 16 y 50 años podía dejar de concurrir “so pena de ser tenido por sospechoso y anotado de incivismo”.

Con ellos formó cinco *tercios* de infantería:

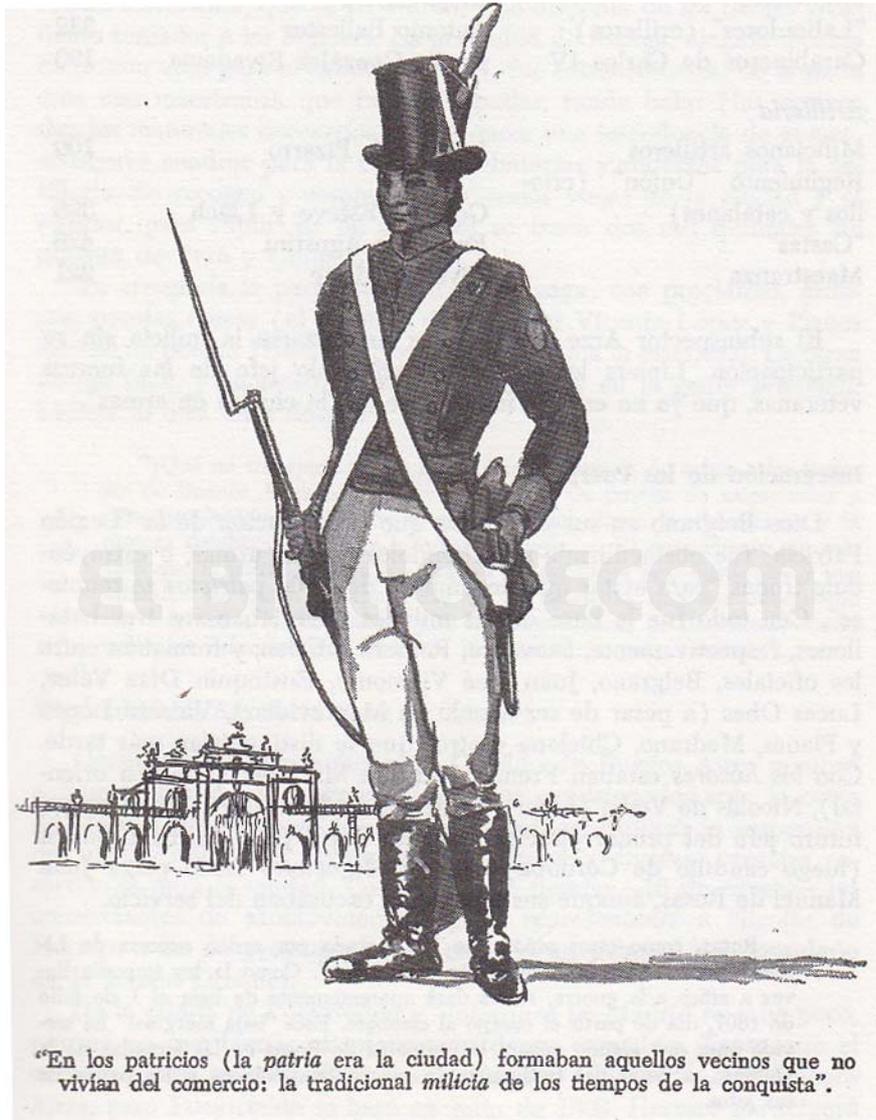
<i>Urbanos del comercio</i>	<i>Jefe</i>	<i>Plazas</i>
Vizcaínos y castellanos	Prudencio Murguiondo	446
Montañeses o “Cántabros de la amistad”	José de la Oyuela	231
Gallegos	Pedro Cerviño	510
Andaluces	José Merelo	431
Catalanes o “miñones”	José Olaguer Reynal	583

No eran solamente peninsulares: los hijos de españoles se incorporaban a los tercios correspondientes al origen de sus padres.

“Patricios” (*patria*, hemos dicho, era la ciudad) eran aquellos que no vivían del comercio: la tradicional *milicia* del poblamiento. Fueron, naturalmente, numerosos y debieron subdividirse en varios regimientos de infantería, caballería y artillería. El nombre de *patricios* (“Legión Patricia”) se conservó para los nativos de Buenos Aires que formaron tres batallones de infantería (en su mayoría orilleros, menestrales y artesanos). Con los nacidos en el interior se crearía otro cuerpo de infantería: los *arribeños* (de las provincias “de arriba”). Todos los regimientos formarían *tres brigadas*, mandadas respectivamente por los coroneles César Balbiani, Francisco Javier del Río y Bernardo Velazco. La reserva estaría bajo la dirección del capitán de fragata Juan Gutiérrez de la Concha.

<i>Milicias de la “Patria”</i>	<i>Jefes</i>	<i>Plazas</i>
<i>Infantería</i>		
Legión Patricia (dividida en 3 batallones)	Cornelio Saavedra	1395
Arribeños	Pío de la Gana	435
“Castas” (pardos, morenos e indios)	José Ramón Baudrix	352
Granaderos	Juan Florencio Terrada	107
Cazadores correntinos	Nicolás Murguiondo	84
<i>Caballería</i>		
1° de Húsares	Juan M. de Pueyrredón (en su ausencia, por irse a España en noviembre, Martín Rodríguez)	203
2° de Húsares	Lucas Vivas	186
3° de Húsares	Pedro Ramón Núñez	181
Migueletes	Alejo Castex	193
“Labradores” (orilleros)	Antonio Ballester	332
Carabineros de Carlos IV	Benito González Rivadavia	190
<i>Artillería</i>		
Milicianos artilleros	José María Pizarro	100
Regimiento “Unión (criollos y catalanes)”	Gerardo Esteve y Llach	395
“Castas”	Francisco Agustini	426
Maestranza	Rivera Indarte	221

El subinspector Arze protestó por organizarse la milicia sin su participación. Liniers lo conformó haciéndolo jefe de las fuerzas veteranas, que ya no eran lo importante en “la ciudad en armas”.



## Integración de los cuerpos.

Dice Belgrano en sus *Memorias* que la formación de la “Legión Patricia” fue obstaculizada repartiéndoles escasas armas, o extrayéndole tropas “para evitar que un número de 4.000 *patricios* se reuniese”. Con todo fue la base de las milicias. Mandaban sus tres batallones, respectivamente, Saavedra, Romero y Urien, y formaban entre los oficiales, Belgrano, Juan José Viamonte, Eustoquio Díaz Vélez, Lucas Obes (a pesar de ser nacido en Montevideo), Vicente López y Planes, Medrano, Chiclana y otros que se distinguirían más tarde. Con los *húsares* estaban French, Enrique Martínez (también oriental), Nicolás de Vedia (ídem). Entre los *arribeños* Ortiz de Ocampo, futuro jefe del primer ejército del Alto Perú, Juan Bautista Bustos (luego caudillo de Córdoba). En los *Migueletes* sentó plaza Juan Manuel de Rosas, aunque sus 13 años lo excusaban del servicio.

Rosas, como otros niños, fue incorporado por orden expresa de Liniers “para recibir la conveniente instrucción”. Como la ley impedía llevar a niños a la guerra, se los daría aparentemente de baja el 1 de julio de 1807, día de partir el cuerpo al combate. Esta “baja marginal” ha servido para que alguno negara la presencia de Rosas en las jornadas de la Defensa, a pesar del testimonio de sus contemporáneos y los partes de sus jefes.

Militarizar un número tan considerable era tarea difícil, pero Liniers, ayudado por el diligente y rico Martín de Alzaga, la cumplirá perfectamente. Se pusieron a recaudo los bienes del rey, se llamó a “contribuciones patrióticas”, se aceptaron “donativos individuales”, hasta reunir más de un millón de pesos plata: con esa cantidad se pagaron caballos, arneses, atalajes y cureñas de cañones, vestuarios, manutenciones, sueldos, manumisiones de esclavos. Había dos mil fusiles inservibles, que se repararon, y se disponía de los fusiles y cañones tomados a los ingleses. La actividad de Alzaga, elegido alcalde de primer voto para el cabildo de 1807, fue extraordinaria: de la nada crea una maestranza que fabrica espadas, funde balas (los vecinos dan los materiales necesarios), hace nacer una intendencia de guerra, construye cuadras para la caballería, baterías y reductos para la artillería. Se recogen y componen las armas viejas de la ciudad y el interior, para suplir las de servicio; se traen dos mil quintales de pólvora de Perú y Chile.

Ya arreglada la parte material por Alzaga; con proclamas, órdenes, poesías épicas (el teniente de *patricios* Vicente López y Planes escribe un poema llamado *Triunfo Argentino*) se inflama la espiritual. La tarea no era fácil, y encuentra burlas y reticencias en la gente *principal*. Liniers lo dirá años después:

“¡Qué no trabajaría yo en los 11 meses después de echar a los ingleses de Buenos Aires para hacer guerrero a un pueblo de negociantes y ricos propietarios!... donde la suavidad del clima, la abundancia y la riqueza debilitan el alma y le quitan energía... El dependiente era más apto que el patrón... Me fue preciso vencer todos esos obstáculos y una infinidad de otros... Aproveché de la confianza que me adquirieron mis servicios a los habitantes para hacerlos capaces de defenderse contra todos los esfuerzos que la Gran Bretaña hacía para vencerlos”.

## Diputados del Río de la Plata en Madrid.

Después de la reconquista, el Cabildo de Buenos Aires nombró a Pueyrredón y a Juan Pedro Velásquez *comisionados* ante la corte de Madrid para exponer los hechos ocurridos, explicar la suspensión del mando militar de Sobremonte y conseguir diversas ventajas comerciales para la ciudad. Casi al mismo tiempo —16 de agosto— los comerciantes de Montevideo designan *representante* a Nicolás de Herrera a fin de gestionar la creación de un tribunal del consulado en la Banda Oriental.

De la estada de Pueyrredón y Velásquez en Madrid se sabe poco, porque no escribieron ni informaron de su cometido. Tanto que el cabildo pensó en reemplazarlos: Velásquez pronto a Buenos Aires, pero Pueyrredón lo hará en julio de 1809. Herrera participará del congreso afrancesado de Bayona en 1808, jurará lealtad a José I Bonaparte, sin perjuicio de hacer lo mismo con la Junta Suprema que gobernaba España a nombre de Fernando VII después de la derrota de Bailén. Volverá a América para ser sucesivamente ministro del Triunvirato y de Alvear, y después secretario del general portugués Lecor en su ocupación de la Banda Oriental.

## Preparativos ingleses para una segunda invasión.

A principios de octubre llegaron al río de la Plata 2.171 hombres del Cabo remitidos por Baird para “mantener” Buenos Aires: los mandaba el teniente coronel T. J. Backhouse. Popham consideró conveniente establecer una *base* en tierra, pues los víveres de a bordo no eran suficientes. Lo intentó con Montevideo el 28, pero la resistencia fue firme. El 29 Backhouse tomo al asalto *Maldonado*.

De Montevideo tratarán de recuperar Maldonado. El 5 de noviembre se piden auxilios a Buenos Aires, que Liniers no quiere o no puede mandar; tampoco de Montevideo se distraen tropas por la inminencia de un ataque que se sabe diferido. Pero la posición de Backhouse en Maldonado no resulta cómoda: partidas irregulares de gauchos, dirigidas por el teniente coronel José Moreno, la someten a un sitio en regla y hacen dificultoso su aprovisionamiento.

Al llegar a Inglaterra la noticia de la toma de Buenos Aires, lo hemos visto, se despachó el 11 de octubre un ejército de 2.834 soldados al mando del brigadier *Samuel Auchmuty* para cooperar con Beresford. Al mes siguiente (12 de noviembre) parten 4.030 a Chile mandados por el brigadier *Robert Craufurd*. Apenas salido éste de Falmouth, llega la noticia de la rendición de Buenos Aires —que costará el definitivo relevo de Popham— y deben hacerse llegar órdenes con urgencia de variar el rumbo e ir a reforzar a Auchmuty. Como ambos tienen el mismo grado —son

brigadieres—, para alejar rivalidades y unificar el mando se destacará en marzo (de 1807) un teniente general que estará al frente del conjunto: *John Whitelocke*, que se embarca inmediatamente con 1.630 hombres de infantería y artillería. También llega un nuevo jefe naval: el almirante Georges Murray. Con las tres flotas venían buques mercantes con productos ingleses para colocar en el Plata.

### Caída de Montevideo.

El 5 de enero llega la expedición de Auchmuty a Maldonado. La situación de la *base* era difícil por las guerrillas de los gauchos de Moreno que obstaculizaban el abastecimiento. El brigadier inglés resuelve apoderarse de Montevideo pese a estar amurallada y fortificada. El 15 intima rendición a Sobremonte —que está al mando de la plaza, en rozamientos continuos con Ruiz Huidobro—, rechazada altivamente “como un insulto al honor y a la lealtad”. El 16 empieza el desembarco inglés en la playa del *Buceo*. Se repite la comedia de Buenos Aires en junio anterior: Sobremonte manda al coronel Allende, jefe de los milicianos cordobeses, a impedir el desembarco, pero Allende se limita a “tomar posición” y presenciarse sin ejecutar medida alguna. Sólo el 19, cuando están en tierra todos los ingleses, con cañones, arneses, caballos y arreos, el virrey personalmente ordena el ataque. Naturalmente se aplasta contra fuerzas muy superiores. No parará hasta *Las Piedras* con los dispersos, negándose a volver a la ciudad no obstante los requerimientos. En una absurda “salida” el brigadier español Bernardo Lecocq con 2.326 montevidianos presenta batalla en campo raso a Auchmuty el 23, y es completamente aniquilado: la superioridad de armamento de los ingleses lo hacía prever. No obstante la victoria, Auchmuty queda en sus posiciones no atreviéndose todavía al asalto definitivo.

El cabildo montevidiano pide ayuda a Buenos Aires. Se resuelve mandar al subinspector Arze con la tropa veterana —unos 500— que se embarcan el 24, y la noche del 1 de febrero entra al puerto de Montevideo filtrándose a pesar del bloqueo inglés. Mientras Liniers prepara 2.000 milicianos (600 *patricios* con Saavedra, los *arribeños*, *gallegos* y parte de los artilleros de la *Unión*), que llegan a Colonia el 29 fiados en la seguridad que les da Sobremonte de tener preparados medios de movilidad. No los encuentran. Los porteños vagan en busca de caballos y carros, hasta el 3 en que sabrán la caída de Montevideo el día anterior. Liniers dejó las tropas al mando de Murguiondo y volvió a Buenos Aires.

Es que el 2, Auchmuty, enterado que iban refuerzos de Buenos Aires, ha atacado Montevideo con máxima violencia el día y la noche. La defensa resulta desordenada: los ingleses se cuelan por una brecha, y la ciudad vive momentos de terror por el saqueo de la soldadesca, hasta que la energía de Auchmuty consigue imponerse a las suyas. Hay 800 muertos, muchos heridos, prisionero Ruiz Huidobro con dos mil entre veteranos y milicianos, y en poder de los ingleses todos los cañones y fusiles.

### Junta de Guerra del 6 de febrero.

La noticia de la caída de Montevideo, traída por Liniers el 4 a Buenos Aires, cunde el 6. La indignación popular se pronuncia contra Sobremonte, a quien se atribuye no ya a cobardía, sino traición. Liniers debe convocar a la *Junta de Guerra*, que se reúne a la tarde en el Cabildo bajo la presión del pueblo que está en la plaza. Componen la “*Junta de guerra*” el cabildo, algunos vecinos, el oidor decano y los dos fiscales de la Audiencia. Deliberan sobre la actuación del virrey, acusado de malograr la expedición porteña y haber abandonado Montevideo.

Alzaga —alcalde de primer voto— pide la deposición de Sobremonte y que sea “asegurada su persona” porque ante el peligro *no había más ley que la salvación del pueblo*.

De la plaza venían gritos de ¡Viva el Rey! ¡Muera el Virrey! ¡Fuera la Audiencia! ¡Viva la libertad! ¡Viva la patria! ¡Viva la república! “Patria” era la ciudad y “república” la organización comunal, y de esa patria y de esa república nacería el concepto actual de los vocablos. Aunque debe aceptarse alguna influencia extranjera, sobre todo el de la Revolución francesa en los términos usados por la clase alta, para la mayoría del pueblo la patria argentina y la república que la gobernaba surgieron de la federación de las patrias y repúblicas comunales que preexistían a Mayo.

Acababa de afirmarse el principio de “la Revolución” paradójicamente por boca de quien sería una de sus víctimas. El fiscal Caspe habla de diferir la resolución a la audiencia como máxima autoridad después del virrey. Se resuelve aunar “las leyes” con la voluntad del pueblo exigiendo que la audiencia proceda “a la suspensión, arresto y ocupación de los papeles del Sr. *marqués*” (no le dan tratamiento de virrey).

### “Congreso” del 10 de febrero.

La audiencia hace esfuerzos para equilibrar la voluntad popular con el respeto a la legalidad. El 7 escribe a Sobremonte solicitando la “*delegación total de sus facultades en esta Real Audiencia*”. Pero el cabildo — donde la influencia de Alzaga es total— no está conforme, y el 9 le exige que pese “*a sus reverentes protestas*” obre la audiencia como se ha acordado, so pena “*de las fatales resultas que pueda producir la reserva en el público*”. El cabildo, es decir “la república” es ya más que el Tribunal Real: la audiencia acaba por quitarse la responsabilidad pidiendo se llamase a un *Congreso General*. Sin perder tiempo Alzaga invita a los mismos que concurrieron el 14 de agosto.

El 10 se reúne el Congreso en los salones del Cabildo. Se propone la moción “*si convenía suspender al señor marqués de Sobremonte y si se podía hacerlo*”. Los votos deben fundarse: el obispo (Lué) se abstiene “por su dignidad y profesión”, Gorbea cree que Sobremonte “se encontraba enfermo” y es de parecer se lo asegure “para tratarlo como

corresponde, reservándose a Su Majestad el conocimientos de las operaciones de dicho señor”. Se adhieren a su voto los *vocales de la audiencia* (agregando el oidor Márquez del Plata que “la detención ha de entenderse meramente para conservarle el decoro de su alta dignidad y preservarlo del insulto”). El intendente Reynoso vota por la deposición lisa y llana, Liniers se abstiene “conformándose con el pronunciamiento de la mayoría”, el fiscal Villota (de la audiencia) “no considera a la Junta con facultades para juzgar a que el virrey delegue el mando en la audiencia, y solamente, “si Su Excelencia no accedía, atendido el estado del pueblo y de las tropas, consideraba necesaria su suspensión tomando el mando la Real Audiencia para salvar la situación”; se adhiere a su voto el otro fiscal de la audiencia (Caspe). El abogado Rivadavia (Benito) entiende que debe *deponérselo*: los militares por unanimidad siguen al voto del comandante de marina *Gutiérrez de la Concha* favorables a la suspensión, pues “ni siquiera las tropas veteranas operarían con energía mandándolas el señor virrey”. Los demás se pronuncian, unos por la *deposición* y otros por la *suspensión*.

Hecho el recuento se entiende “*que el predicho Sr. marqués de Sobremonte debe ser por ahora suspendido de todos sus cargos de Virrey, Gobernador y Capitán General, asegurada su persona con la correspondiente atención y debido decoro, y ocupados sus papeles, cartas y correspondencia*”. Aunque no se ha resuelto la *deposición* que quería Alzaga, la medida es revolucionaria ya que los vecinos y funcionarios de la ciudad suspendían al representante del rey y lo detenían. Se comisiona a los regidores Ortiz Basualdo y Monasterio y al oidor Velazco para notificar a Sobremonte y proceder a su detención, debiendo ser escoltados por dos compañías de infantería y una de caballería, al mando de Murguiondo, para ahogar toda resistencia de las tropas del marqués.

### Arresto del virrey.

Los comisionados pasan a Colonia; averiguan donde está Sobremonte y lo encuentran en la *posta de Durán* el 17 de febrero. Al empezar Velazco la lectura del documento, Sobremonte lo interrumpe airado: “no reconoce la autoridad sino al rey para suspenderlo”, y ordena el arresto de los que le interferían tamaño ultraje. Quienes lo acompañaban lo llaman a la cordura; con sus escasas e indisciplinadas fuerzas no podía oponerse a las compañías de Murguiondo. Entonces “a vista de un atentado semejante —explicará Sobremonte en Madrid—... cercado de tropas, impedí el uso de armas a la mía por los perjuicios que se pusieron a la vista estando tan inmediatos los enemigos”. Y se entrega. El 21 es embarcado en el puerto de las Conchillas; la noche del 22 está en San Fernando de donde se lo traslada a la quinta de los padres betleheimitas, donde cumplirá su detención.

Mientras tanto han llegado a Madrid —con gran retardo— informaciones de la reconquista de Buenos Aires y conducta de Sobremonte. Nada se sabe aún de la retirada a *Las Piedras*, ni de la caída de Montevideo. El ministro Caballero considera prudente separar al virrey: el 24 de febrero ordena a Ruiz Huidobro hacerse cargo interinamente del virreinato “debiendo arrestar de inmediato (a Sobremonte), confiscarle los bienes, formarle una causa sobre su conducta en la entrega de Buenos Aires y también a los oficiales y demás que resulten culpados”; Liniers debería quedar al mando de las fuerzas de Buenos Aires y su territorio “hasta nueva orden”.

Sobremonte estuvo arrestado hasta julio en la quinta de los betleheimitas; después de la Defensa quedará en libertad bajo palabra, y se retiró a su quinta de San Fernando. Allí se enteró de la Real Orden del 24-2-1807 que lo separaba del cargo; y pidió reconsideración, pero los acontecimientos de España no permitirán un pronunciamiento. Quedará en América hasta diciembre de 1809, en que se embarca para Cádiz. El 3-3-1810 pide nueva reconsideración al Consejo de la Regencia de Cádiz, y consigue una absolución de favor, el pago de los sueldos atrasados y el ascenso a mariscal de campo.

## 4. SEGUNDA INVASIÓN Y DEFENSA

### Evasión de Beresford y Pack (febrero).

Desde septiembre de 1806 los oficiales ingleses —entre ellos Beresford y el teniente coronel Denis Pack, jefe del 71°— estaban confinados en el cabildo de Luján, donde realizaban reuniones sociales, organizaban cacerías, y no tenían más obligación que presentarse al anochecer en su alojamiento. A mediados de febrero, por indicación de Alzaga y dada la inminencia de una segunda invasión, se dispone internarlos a Catamarca. Al ser trasladados por un cuerpo de blandengues, el oficial del regimiento *Unión* Saturnino Rodríguez Peña, acompañado de un civil, Manuel Aniceto Padilla, ordena la entrega de Beresford y Pack, y se fuga con ellos a Montevideo.

Una oscura y no develada conspiración precedió esta fuga. Sus responsables *visibles* fueron Rodríguez Peña y el escribiente o periodista cochabambino Manuel Aniceto Padilla, pero hubo más que estuvieron en la trama: el comandante de blandengues Antonio Olavarría, cuñado de Rodríguez Peña, de actitud bastante dudosa en Perdriel, el “corchete” Francisco González, informante de Beresford durante la ocupación y baqueano que condujo a los ingleses hasta Perdriel, el americano White, Anita Perichon, casada con Edmundo O’Gormann y vinculada con Liniers, el lanchero y contrabandista portugués Luis da Lina, etc. En 1822, Saavedra acusará a Vieytes y Beruti de haber andado en el asunto. No debe descartarse la acción secreta de la logia *Hijos de Hiram* y a la que nos hemos de referir.

Los hechos *ciertos* son los siguientes: a poco de caer en Montevideo, Alzaga fue visitado por Rodríguez Peña, quien le dijo “que tratar de defender esta ciudad del poder de los ingleses, que acababan de tomar Montevideo, era imposible”, presentándole un plan de *independencia* al que asentarían los ingleses porque su “solo objeto es llevar la guerra al rey de España”. Mencionó a Liniers y a Beresford como participantes. En respuesta, Alzaga —después de informarse que se había girado ligeramente el nombre de Liniers (del que Rodríguez Peña era edecán o secretario— propuso el 6 la internación de los prisioneros ingleses y sobre todo de Beresford. Esto movió a apresurar la fuga. El capitán de la escolta que conducía a los ingleses, capitán de blandengues Manuel Martínez, dijo haber entregado a Beresford y a Pack al invocarle Rodríguez